EL TEATRO

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

LA NAVE SIN TIMÓN

AGAPITO GARCIA
ENCUADERNADOR
Conde de Almodovar, 2
VALENCIA

V. de S. m.

50 CENTIMOS

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lanavesintimndra1620fern

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO II 16 ENERO 1926 NÚM. 16

Luis Fernández Ardavín

LA NAVE SIN TIMÓN

DRAMA DEL MAR, EN CUATRO ACTOS, EN VERSO

Estrenado en el Teatro Fontalba de Madrid, el 20 de noviembre de 1925.

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

El marido de la estrella

ADAPTACIÓN DE

MANUEL LINARES RIVAS

PORTADA DE

VARELA DE SEIJAS

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

L. FERNÁNDEZ ARDAVÍN

862.8
T257
nos. 16-20

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Gabriela	CARMEN RUIZ MORAGAS.
Alberta	BLANCA JIMENEZ.
Estrella	CARMEN NIETO.
La madre	PILAR PÉREZ.
Rosita	NIÑA VARGAS.
Julián	RICARDO PUGA.
Don Diego	LUIS PEÑA.
Gildo	JUAN ORDUÑA.
El padre	EVARISTO VEDIA.
El capitán	ALFREDO ALAIZ.
Vicentico	NIÑA N.

La acción hacia el año 1870, en Bretaña.—Decorado de Olalla y Peinador Checa. Figurines de Dhoy y López Rubio.

ACTO PRIMERO

Interior de una casa de pescadores acomodados, en Bretaña. Al foro, puerta grande que da a una calleja, al fondo de la cual se ve un trozo del puerto con los mástiles y velas de los barcos pesqueros. A la derecha, primer término, una puerta. Segundo término, una escalerilla de seis u ocho peldaños que comunica con otra planta de la casa. A la izquierda, primer término, otra puerta. Segundo término, gran cocina de campana, en chaflán. Junto al fogón, una ventanita. Muebles bretones muy característicos y enseres de pesca. Es media tarde.)

(En escena, Gabriela, la Madre, el Padre y el Capitán. Todos sentados, como en visita, en torno a la mesa. El Capitán fuma nerviosamente, mascando mucho la pipa y echando grandes bocanadas de humo. Gabriela, un poco tímida y encogida.)

CAPI. Aquí te traigo, hermana, lo único que me resta:
mi hija. Ya, sin madre, que no quede, he pen-
[sado,
sola en casa.

MADRE Haces bien.

PADRE. Haces muy bien, cuñado.
Como la tuya es ésta.

CAPI. Mi bergantín velero se hace a la mar. El viaje
será largo: Canarias, San Luis, Buena Espe-
[ranza...
Dos meses... Tres... ¿Quién sabe? Aunque mi
[barco avanza
que vuela, si, al regreso, nos coge el estiaje
en las calmas del Trópico, no hay que hacerse
[ilusiones.

MADRE. ¡A tus años, hermano!

GAB. Yo hubiera preferido
no separarme de él. Pero me ha convencido
con sus explicaciones.

Se aburre en tierra. El ocio le va poniendo
[triste.
¡Que salga! ¡Que navegue! Yo ya soy muy
[mujer.
La falta de mi madre, le apena. Si aún resiste
las fatigas del mar,
por mí que no renuncie. Cumplo con un deber
dejándole partir, y le sabré esperar.

PADRE. Así me gusta. ¡Brava, como hija de marino!

CAPI. Pero a solas no tiene tan estoica entereza.
Se aflige, llora, reza...

MADRE. Como todas nosotras. Ese es nuestro destino.
Hija, madre o esposa de marinero, es tanto
como venir al mundo solamente a llorar.
Nuestro pan es la angustia; nuestra riqueza, el
[llanto.

GAB. ¡Y, sin embargo, todas adoramos el mar!

CAPI. Pudo quedarse en casa. Pero de igual manera
que la falta de Aurora y el ocio acabarían
conmigo en poco tiempo, la soledad severa
que allí reina y el duelo que ella tiene serían
bastante a consumirla como a una flor.

PADRE. Cuñado
no se hable más: Gabriela queda a nuestro cui-
[dado.

MADRE. Precisamente tiene dispuesto su aposento:
el que fué de mi hija. Desde que se ha casado
marchándose a vivir tan lejos, no consiento
que lo profane nadie.

PADRE. Nadie lo ha profanado.

MADRE. Lo mismo que si fuera la celda de un convento,
por si vuelve a pasar los meses del estío,
está cual lo dejó.

PADRE. Con su colcha encarnada,
con sus flores de trapo...

MADRE. Por no faltarle nada
no falta, entre los dos floreros, un navío
que bordó con torzales sobre una patronada.
Sobrina, sólo tú estás autorizada
para ocupar su puesto y llenar su vacío.

GAB. ¿Y Alberta, no dirá que yo...?

PADRE No dirá nada.
MADRE. Ese es asunto mío.
Mi nuera no es celosa ni protesta jamás.
En cuanto al aposento, nunca fué de su gusto.
La parece muy pobre y pequeño. Además,
seréis buenas amigas.
GAB. Por mi parte...
CAPI Es muy justo.
MADRE. No diría otro tanto si, en vez de ser como eres,
señoril e instruída,
fueras más pobre que ella o menos distinguida.
CAPI. *(Riendo con indulgencia.)*
¡La vanidad de todas las mujeres!
PADRE. Pues anda, pásala. Que intimen en seguida.
CAPI. Y tú no desatiendas tus quehaceres.
(La Madre se ha puesto en pie.)
GAB. *(Levantándose a su vez.)*
¡Pero que no se vaya sin despedir!
CAPI. Descuida.
(Vanse Gabriela y la Madre.)
¿Y Julián?
PADRE. Como siempre: en la barca. Pescando
con Gildo, el benjamín de la casa.
CAPI. El Señor
te dió dos buenos hijos.
PADRE. Ya me van descansando.
Son muy trabajadores. Sobre todo, el mayor,
Julián.
CAPI. Desde que vino de la ciudad, se muestra
más jovial, más alegre.
PADRE. Porque está en su elemento.
No encuentra mejor vida que la nuestra.
Vivir lejos de aquí fué su mayor tormento.
Vivió porque, en el puerto de la ciudad, un día
que fué a comprar garruchas, se enamoró de
[Alberta,
y ella, que allí vivía
con unos allegados que tienen casa abierta
de aparejos marítimos, le aceptó a condición
de avecindarse allí. Le di mi bendición
y se casó con ella. Pero el pobre Julián,

que ganaba su vida del muelle al malecón,
entre la agitación
y el incesante afán
del barco trasatlántico y el velero mercante,
de la grúa y el áncora, la draga y el lanchón,
apenas si podía ir sacando adelante
el hogar y los hijos nacidos de esta unión.

CAPI. La vida de un gran puerto es dura.

PADRE. Demasiado
para quien ha nacido pescador en la aldea.

CAPI. Yo no diré que sea
peor.

PADRE. No la he probado.
No tiene estos peligros. Allí la mar es mansa
como amarrada al muelle o presa en sus macho-
[nes;
pero es más triste que ésta, porque aniquila y
[cansa,
sin dar sus alegrías ni sus compensaciones.
Allí no hay que temer la niebla engañadora,
ni la fiera borrasca, ni el huracán traidor.
¡Pero no hay la alegría de saludar la aurora
con las redes repletas y enfilando la proa
hacia la mancha alegre del pueblo pescador!
Alberta no quería la aldea. Mi Julián
no supo hacerse fuerte,
y nos dejó, con pena, pero sin buena suerte.
¡Sobraban las fatigas y escaseaba el pan!
Ahora, al casar mi hija, tras mil vacilaciones
se vinieron aquí,
con nosotros. Alberta dijo al cabo que sí,
quizás escarmentada de pasar privaciones,
y ante lo positivo de un bienestar seguro,
y aquí están. Hasta ahora, todo va bien. El goza
bañándose en mar limpia, respirando aire puro.
Ríe, canta, se agita, trabaja sin cesar,
y, ayudado por Gildo, va a vaciar el mar;
pues—esto es lo mejor—
desde que ha regresado,
regulamos nosotros el mercado,
poniendo nuestra ley al comprador.

CAPI. ¡Cuñado, enhorabuena! Mas va a salir mi nave,
y antes de irme quiero suplicarte una cosa
y prevenirte de otra.
(Entregándole una llave, que saca del bolsillo.)
La primera es sencilla:
que me guardes la llave
de mi casa cerrada. La segunda es más grave.
Junto al embarcadero de mi casa, reposa
una barca amarilla,
tan vieja y tan mohosa
que pegadas las algas a su quilla
parecen brotar de ella, lo mismo que una rosa
de mar. Es arrogante, bella de proporciones;
más ligera que un raudo falucho mallorquín;
puesta en el mar lo surca con mil ondulaciones.
Jamás ha zozobrado... ¡Pero encierra la muerte!
Cuando alguien sube en ella, su desgracia es
[segura.
Cuantos se decidieron a arrostrar la aventura
de burlar su leyenda, corrieron igual suerte:
¡murieron!
(Signos de extrañeza en el Padre.)
La conservo porque la tradición
dice que, si es desgracia salir al mar en ella,
poseerla amarrada es buena estrella
para su dueño. Si unes a la superstición
de que todo marino que se estime es esclavo,
su atrayente belleza, comprenderás, al cabo,
mi recomendación.
Que nadie suba en ella por equivocación.
¡Por Dios, que nadie suba ni suelte sus ama-
[rras!
¡Pero que la respeten dormida en su rincón,
y que no me la arrastren, al pasar, las gabarras
cargadas de pedruscos y sucias de carbón!
(Levantándose.)
Y ahora, adiós. De Gabriela no he de decirte
[nada.
Es buena, inteligente y está bien educada
por mí mismo, en mis días
de retiro forzoso. Durante el mal de Aurora

me distraje enseñándola curiosidades mías:
libros, armas, crustáceos, aparatos... Ahora,
que ella cuide mi casa con religioso amor
y que mantenga el culto y el recuerdo al pa-
[sado.
Hazla salir. Me voy.

PADRE. ¿No sería mejor
evitarle esta escena?

CAPI. Es fuerte. No hay cuidado.
Se afligirá un momento, pero tendrá valor.

PADRE. *(Llamando desde la puerta por donde salieron las mujeres.)*
¡Se va padre, Gabriela!
(Como si hablase con alguien que estuviera dentro.)
Sal, tú, que te presente.
(Salen Gabriela, Alberta y la Madre. El Padre, presentándola al Capitán.)
Es Alberta, la nuera.

CAPI. *(Tendiéndola su mano, que ella acepta.)*
Desde hoy vas a tener
una hermana: mi hija.

ALBER. Y por mí no ha de haber
ningún inconveniente,
siendo, como es Gabriela,
de familia excelente.

CAPI. Los niños estarán
encantados. Con ella todo lo aprenderán
y os ahorraréis la escuela.

ALBER. Y, al menos, tratarán
con alguien que no huela
a ese olor nauseabundo de alquitrán.
Váyase descuidado.

CAPI. Un abrazo a Julián
¡Hermana!...

MADRE. ¡Que te cuides!

CAPI. ¡Hija!...

GAB. *(Colgándose a su cuello y rompiendo casi a llorar, pero conteniéndose rápidamente.)*
¡Padre!...

(Sólo una larga pausa, en que los dos permanecen abrazados, pero mudos.)

PADRE. *(Separándoles.)*
¡Cuñado!
¡Basta ya!

CAPI. *(Separándose y poniéndole la mano en el hombro.)*
Dices bien.
A ti sólo te digo que te quedo obligado
para toda la vida. Y adiós.
(A su vez, hace ademán de ir a abrazarle; pero el Padre le detiene.)

PADRE. Yo voy también.
Me subyuga el placer de contemplar la nave
resbalando de pronto por las aguas dormidas,
al hincharse las velas, como si fuera un ave
con las alas tendidas.
(A las mujeres.)
Vuelvo pronto.
(Vánse el Capitán y el Padre. Gabriela rompe a llorar.)

MADRE. Hija mía..., ¿qué le vamos a hacer?
Cumple con tu deber.
No llores. Va contento porque va a navegar.
El mar tiene el encanto de una mala mujer
que atrae a nuestros hombres sin cesar.

GAB. ¡Y, sin embargo, todas adoramos el mar!

MADRE. Pero ven que te enseñe tu aposento.
(Vánse Gabriela y la Madre por la escalerilla que conduce al otro piso.)

ALBER. Es la hora.
No hay que hacerse esperar
cuando se está invitada.
(Va a un mueble, saca un manto y, cuando está poniéndosele ante un espejo, aparece en la puerta del foro Estrella María. Es una chicuela desarrapada, de quince años, pero en el esplendor de su belleza primaveral. Viene descalza de pie y pierna, y tiene una graciosa movilidad de diablillo. Se detiene en la puerta y dice.)

ESTRE. Buenas tardes, señora.

ALBER. *(Sorprendida, pues no la ha visto llegar.)*
¿Quién es?
ESTRE. Yo.
ALBER. *(Mirándola de soslayo y sin concederla importancia.)*
Buenas tardes. ¿A quién buscas?
ESTRE. *(Adelantando tímidamente un paso.)*
Quería
hablar con la mujer del patrón. ¿No está en
[casa?
ALBER. Si está.
ESTRE. Pues, con permiso, si no molesto...
ALBER. Pasa.
(Estrella entra. Alberta, que ha terminado de arreglarse, la contempla de arriba abajo, con extrañeza.)
Pero ¿quién eres tú?
ESTRE. Soy Estrella María.
(Al ver que Alberta parece no comprender.)
Creí que usted también me conocía,
como toda la aldea.
ALBER. Es que no soy de aquí.
ESTRE. Eso ya lo sabía. *(Se ríe.)*
Pero a mí me sucede que hasta los forasteros,
aunque estén en la aldea sólo un día,
como en un bicho raro se han de fijar en mí.
ALBER. *(Desdeñosa.)*
Y que no tengo trato con estos marineros.
Siempre estoy en mi casa. Por eso no te vi.
(Volviendo a mirarla fijamente.)
Conque... ¿Estrella María? El nombre no está
[mal.
ESTRE. ¡Qué ha de estar! No, señora. ¡Un nombre ce-
[lestial!
ALBER. ¿Y qué eres?
ESTRE. Pues yo..., como ser, no soy nada.
¡Una desarrapada,
sin hogar ni parientes!
(Riéndose de nuevo.)
¡Persona principal,
como puede usted ver!

ALBER. Vamos, sí: ¡una mendiga!
ESTRE. *(Mirándola estupefacta, como si no entendiera.)*
¿Una mendiga?
(Pausa. De pronto, con gran dignidad.)
¡No!
(Otra pausa. Afligida por la humillación y casi a punto de llorar.)
¡Yo soy un pobre andrajo!
Pero yo no recibo
limosna. ¡Sólo vivo
de mi honrado trabajo!
¡Usted me confundió!
ALBER. *(Un poco arrepentida.)*
¡Perdone la princesa, si tanto la ofendí!
ESTRE. *(Rehaciéndose de pronto, y pasando sin transición del llanto a la risa.)*
No le doy importancia.
¡Cosas de la ignorancia!
(Con mucha intención.)
¡Como usted no es de aquí!
Pero sabrá, señora, que vivo, honradamente,
de ir a pescar centollas y a baldear navíos,
y soy tan popular entre esta buena gente,
que, a falta de mis padres, todos son padres [míos.
Sé ganarme la vida en tierra y en el mar.
Tirando de las redes cuando el copo se saca
o yendo a descargar
cuando un pesquero atraca.
Sé tender y arriar
a su tiempo las velas lo mismo que un grumete;
sé nadar; sé remar; sé largar el trinquete
y hacer, con unas duelas
y un barril, una balsa que resista las olas.
Metiéndome en el fango, cojo erizos y anguilas;
entre la blanca arena, puntadas caracolas;
sobre las rocas húmedas, mejillones oscuros,
y en las hoyas tranquilas
del bajamar, las conchas de colores tan puros,
que parece que llevan pintado cada una
un arco iris. Voy por juncos a la duna;

a los prados, por hierba, y por agua a la fuente;
zurzo redes, remiendo velas y pabellones,
y, en fin, me presto a todo
tan cuidadosamente,
por tan poco dinero,
que todos los patrones
del tráfago pesquero,
aunque para un remiendo cualquiera serviría,
¡dicen que nadie sirve como Estrella María!
(Transición.)
Pero usted va a salir, y la estoy distrayendo.
Si quisiera decir...

ALBER. Ahora vendrán.
(Con ironía.)
¿Conque vienes aquí para un remiendo?

ESTRE. *(Sin comprender.)*
Sí, señora. A zurcir...

MADRE. *(Apareciendo en la escalerilla a tiempo de oirlo.)*
Las redes de Julián,
que bien lo están pidiendo.
(Pausa. Gesto de contrariedad en Alberta. La Madre, acabando de bajar la escalera y señalando la puerta de la derecha.)
Ven, Estrella María.
Pasa adentro, y espera.
(Vase Estrella. Otra pausa.)
¿Y los niños?

ALBER. Ahí fuera.

MADRE. ¿Dónde vas, hija mía,
a estas horas?

ALBER. A casa de don Diego, el indiano.

MADRE. ¿Sola?

ALBER. Sí. Aún es temprano.

MADRE. Y ¿a qué vas?

ALBER. A una fiesta.
Me mandaron recado y prometí que iría,
ya que se ofrecen pocas ocasiones como ésta.

MADRE. Pero... ¿Julián lo sabe?

ALBER. ¿Cómo lo va a saber?
Me avisaron ayer,

cuando él no estaba ya.
Se lo diré al volver.

MADRE. ¿Y te lo aprobará?

ALBER. ¿Por qué no? ¿Qué hay en ello, ni qué malo
[he de hacer?

MADRE. Nada. Yo soy muy simple. Nunca piso la calle
cuando salen los míos a pescar,
y mientras ellos tienen la mano al gobernalle,
las mías están juntas, en actitud de orar.
Haces bien. Tu marido, pasando está fatigas,
expuesto a naufragar;
pero en que tú te vayas a holgar con tus ami-
[gas,
no hay, rigurosamente, nada que censurar.
¿Repasaste la ropa? ¿Sacaste la colada?

ALBER. A la noche lo haré, durante la velada.

MADRE. ¿Y la faja de punto que Julián te encargó?
No tiene qué ponerse.

ALBER. La haré de madrugada.

MADRE. ¿No piensas acostarte?

ALBER. Si es necesario, no.

MADRE. Hacendosa de noche, no zurce bien el manto,
reza el proverbio. Vete. No digas que un capri-
[cho
se te niega.

ALBER. No he dicho.
¡Pero tampoco creo que sea para tanto!
Julián está a lo suyo. Yo aquí, siempre ence-
[rrada.
Porque una tarde quiera distraerme un mo-
[mento,
nadie puede acusarme de que no soy honrada.

MADRE. ¿Es que lo he sospechado ni con el pensa-
[miento?
Vete. Vete tranquila. Si los niños están
cerca, diles que vengan antes que caiga el día.

ALBER. Pues hasta luego.

MADRE. Adiós.
(Vase Alberta. La Madre, sola.)
¡Qué mal quiere a Julián!
¡Y él no se lo merece!

(Acercándose a la puerta de la derecha.)
Sal, Estrella María.
(Sale Estrella con un canasto lleno de redes y los útiles de coser. Las dos mujeres se acercan a la ventana y se disponen a la labor junto a ella.)
Aquí, mirando el mar, coseremos las dos.
(Gabriela, apareciendo en la escalera, despojada ya de la toca, etc.)

GAB. Las tres, señora tía.
MADRE. ¿Tú también?
GAB. ¿Qué creías?
No sé, gracias a Dios,
estarme nunca ociosa.
ESTRE. ¡Señorita Gabriela!
GAB. Ya te he visto. Hace tiempo me tienes olvidada.
No vas por casa nunca.
ESTRE. *(Riéndose.)*
¡La mucha clientela
no deja tiempo a nada!
(Pausa. Las tres mujeres se han sentado y repasan las redes. Se oye un largo y rapidísimo repique de campana, de esas campanas que llevan los navíos en el puente para transmitir órdenes a la marinería.)
MADRE. ¿Oís?
GAB. El "Delfín" se va.
(Las tres miran hacia el mar con ansiedad.)
MADRE. Deslumbra su blancura.
GAB. Parece un cisne blanco, que se ahueca y se es-
[tira,
y sus velas hinchadas sobre la arboladura,
millares de pañuelos que nos dicen adiós.
MADRE. ¡Mirad con qué arrogancia se balancea y vira!
ESTRE. ¡Y el mascarón de proa parece que nos mira!
GAB. ¡Adiós, barquito mío, que te proteja Dios!
(Han sacado los pañuelos, y los agitan conmovidas. Pausa. Gabriela llora.)
MADRE. ¿Otra vez?
GAB. Y otras mil. No puedo contenerme.
Tuve que hacerme fuerte para verle marchar.

Aunque hoy el mar, sereno, parece que se [duerme,
como para que él pueda tranquilo navegar,
no sé por qué presiento
que, mientras ese barco se aleja con el viento,
una extraña desgracia se aproxima a este ho- [gar.

MADRE. No des pábilo a sombras que forja el pensa- [miento.

ESTRE. ¡Ya dobló el promontorio!

GAB. ¡Ya está solo en el mar!
(La Madre, suspirando.)

MADRE. Como mis hijos.

GAB. ¿Cuándo salieron?

MADRE. Ayer tarde.

GAB. ¿Y volverán...?

MADRE. Dijeron que no se les aguarde
antes de amanecer.
El banco está muy lejos. A diez millas del faro.

GAB. ¡Y aún dicen los de tierra que el pescado está [caro!

MADRE. Pero como es su oficio... ¡qué le vamos a hacer!

GAB. Julián sigue tan ciego por Alberta, ¿verdad?

MADRE. Sí. La quiere. Más que ella. Mis hijos son así.
Apasionados siempre.

ESTRE. ¡Si es su felicidad!

MADRE. Ya sé también que Gildo se perece por ti,
y que, cuando hace luna, os vais a la escollera
o a la punta del cabo, buscando soledad.

ESTRE. *(Bajando la frente, ruborosa.)*
La gente es maliciosa.

MADRE. Sí; pero no embustera.
Siempre hay en lo que dice un fondo de verdad.
¿Tú no has amado nunca?

GAB. Nunca. Me pretendió
hace tiempo un alférez y le dije que no.
Después... no me han querido. Los mozos del [lugar
me admiran, me veneran;
pero se consideran
poca cosa a mi lado, y me huyen, al pasar,

como a una tentación.
Ya ve que no es desdén.
Si tuviera ocasión,
yo amaría también
de todo corazón.
(Entran por el foro el Padre, Rosita y Vicente. Rosita y Vicente son dos niños de diez y once años.)

PADRE. Aquí están los extremos de la vida: la proa
y la popa de la existencia.

ROSITA. ¡Abuela!

MADRE. *(Reparando en los niños, que vienen empapados de agua hasta la cintura.)*
¡Cómo venís!

ROSITA. ¡Es agua!

VICEN. Nos llevó en su canoa
el práctico del muelle.

MADRE. Saludad a Gabriela.
Es la prima.

ROSITA. ¿La rica?

VICEN. ¿La hija del capitán?

MADRE. Justamente.

ROSITA. Es muy guapa.

VICEN. Sabrá muchas historias
de piratas.

GAB. ¿Te gustan?

PADRE. Como a buen holgazán.
(Rosita y Vicente, que miraban a Gabriela con cierto recelo, han acabado por acercarse a ella, que los besa y acaricia.)

MADRE. Buenos sustos nos da con sus escapatorias.
Nos sale aventurero.

ESTRE. Sube, sin que los vean,
con otros en el bote que encuentran, y se van mar adentro.

VICEN. *(Muy orgulloso.)*
¡A la isla!

ROSITA. *(Riéndose.)*
Y a veces se marean.

VICEN. ¡Se marean los otros! ¡No el hijo de Julián!
(Se ríen todos.)

PADRE. ¡Es un lobo marino!
GAB. *(Tirándole de los pantalones. que, faltos de sujeción y de botones, casi se le caen.)*
Pero con los calzones
algo más elegantes.
VICEN. *(Muy apurado.)*
Si es que se caen.
GAB. Ya veo.
Deme usted los botones.
Lleva con alfileres los tirantes.
(La madre la da aguja, hilo, etc., y Gabriela recose los calzones mientras habla con Rosita, que permanece junto a ella muy confiada.)
Y tú, ¿te has divertido?
ROSITA. Estuve en la atalaya, con el atalayero,
y me dejó tocar el cuerno marinero.
GAB. Eres lista.
MADRE. Y la música, su mayor afición.
PADRE. Por su gusto estaría
embelesada todo el día
oyendo al orfeón.
GAB. Me alegra que la música te llegue al corazón.
Pero también te digo que, llamándote Rosa,
pareces, más que rosa, escaramujo.
(Ha terminado con Vicente y la emprende ahora con Rosita, que también va un poco derrotada.)
Acércate también.
ROSITA. *(Señalándose el traje con cierta vergüenza.)*
A mí me gusta el lujo.
Es mamá quien no quiere que me ponga otra [cosa.
GAB. Pues ya verás. Desde hoy yo me encargo de [hacer
que vayas guapa y limpia. Y a ti te he de traer
libros de navegantes con historias del mar.
(Julián, apareciendo en la puerta del foro, seguido de Gildo.)
JULIAN. ¡Gracias a Dios que hay alguien que me los [va a educar!
(Sensación. Nadie esperaba a los recién llega-

dos. Gabriela recosía el traje de Rosita. Vicentico la escuchaba embelesado. La Madre y el Padre también callaban y dejaban hacer, complacidos. Al oír la voz de Julián, todos se han vuelto con alegría. Es Julián un pescador de treinta y cuatro años, fornido, tostado y de una gran belleza varonil. Gildo, su hermano, un mozalbete de apenas diez y ocho, zanquilargo y de cabello crespo. Trae los remos al hombro y un capacho de mimbre rebosante de salmonetes y sardinas plateados, que aún agonizan, palpitantes y relucientes.)

MADRE. ¿Vosotros?

ESTRE. ¿No volvíais mañana?

JULIAN. No ha sido necesario. La "Bella Capitana"
traemos hoy tan llena, que muy poco ha faltado
para que en la bocana,
al pasar por su lado
la hiciera zozobrar la espuma del "Delfín".
¡Salud, señora prima!
Si tu barco se arrima
un poco más, nos damos el chapuzón.

GAB. En fin,
que venís muy contentos.

JULIAN. ¡Mucho! Y es lo curioso
que el mar, que ayer estuvo perezoso,
hoy empujó la barca con fuerza repentina
y viento favorable,
e hizo surgir, de pronto, el banco de sardina
como un peñón de plata y de cristal.
Aunque ahora me explico lo que era inexpli-
[cable:
la prima, que está aquí, nos trae la buena es-
[trella.
La pesca extraordinaria se debe sólo a ella.
¡Tiene nombre de arcángel y poder celestial!

GAB. No me avergüences.

GILDO. *(Que no más entrar, se sentó en el suelo junto a Estrella, y cambió con ella unas palabras y unas risas contenidas, se levanta y entrega a su madre el capacho.)*

Madre, tenga.
JULIAN. Y aviva el fuego,
que el hambre nos devora.
MADRE. ¿No vais a descargar?
JULIAN. Descargaremos luego,
con calma. Por ahora,
lo que importa es cenar.
¿No digo bien, Vicente? Rosita, un beso a pa-
[dre.
(Se ha sentado. Los niños se encaraman a sus rodillas. El los acaricia.)
Pero y, a todo esto, ¿dónde está mi mujer?
(A Rosita, bajándola de las rodillas.)
Anda, avisa a tu madre.
MADRE. *(Disimulando su turbación.)*
Ha salido.
JULIAN. ¿Ha salido?
MADRE. No tardará en volver.
Fué a casa del indiano, donde estaba invitada
a una fiesta que dan.
ROSITA. ¡Hay gaita, limonada
y confites!
JULIAN. ¿Y estando su marido en el mar
se va de diversión?
MADRE. Por cumplir.
JULIAN. *(Airado.)*
Por cumplir
no se debe hacer nada.
Siempre se debe ir,
si es un duelo, a llorar;
si una fiesta, a reír.
Cuando fué es que tenía
la risa a punto.
GAB. ¿Vienes con gana de querella?
JULIAN. Hoy, no. Tienes razón. Se dió tan bien el día,
que no quiero amargar por nada mi alegría.
MADRE. Ve tú a buscarla, Estrella.
Dila que han vuelto ya,
y que la cena aguarda. Gildo, ve tú con ella.
ESTRE. Y Rosita vendrá.
(Vanse Estrella, Rosita y Gildo. Julián se le-

vanta de mala gana. Se ha anublado su rostro y no puede disimularlo.)

JULIAN. Yo, mientras, voy a ver
de recoger un poco el aparejo.

PADRE. Tú te has ganado el día y es justo que te que-
[des.
Aún no me hallo tan viejo
que pueda estar en calma teniendo algo que
[hacer.
(Se dirige decidido a la puerta. Vicente le sigue.)

VICEN. ¡Abuelo, voy contigo, para tender las redes!
(Vánse el Padre y Vicente.)

MADRE. *(Desde la puerta, viéndoles marchar.)*
¡Que los chicos traen hambre! ¡No tardéis en
[volver!
(Una pausa. La Madre da un vistazo al fogón. Luego se mete en la casa. Julián y Gabriela, solos.)

JULIAN. ¿Cenas aquí también, prima Gabriela?

GAB. Ceno y duermo, Julián. Soy obediente.
Me ofrecieron tus padres su tutela,
en ausencia del mío, tan generosamente,
que me obligaron a aceptar.
Desde hoy,
huéspeda vuestra soy.
Pero procuraré no molestar.

JULIAN. ¡Molestar! ¡Al contrario, prima mía!
¡Si esto es para nosotros un honor!
¡Un motivo de orgullo y de alegría!
Casi, como quien dice, no entraste todavía
en casa, y ya se ha visto tu influjo bienhechor.

GAB. ¿Lo dices?

JULIAN. Por el copo de esta tarde.

GAB. ¿Otra vez?

JULIAN. Pero tú tienes hábitos de lujo y de grandeza
y aquí sólo hallarás, no diré que estrechez,
pero todo lo más, una digna pobreza.
Has tenido un regalo y acomodo
que no podemos darte.

GAB. Ni había de aceptar.

Aunque fuera cual dices, yo me acostumbro a [todo.
Pero aquí se respira tan dulce bienestar,
está todo tan limpio, tiene tan grato olor,
que habrá poco dinero, pero abunda el amor.

JULIAN. *(Suspirando con amargura.)*
¡El amor!
(Pausa.)
Prima mía, hoy somos casi hermanos,
pero ¿querrás creer
que, sereno, tranquilo, queriendo a mi mujer
y a mis hijos con toda la fuerza del querer,
me acuerdo, muchas veces, no sé si por lejanos
o porque nunca han de volver,
de aquellos amoríos que tuvimos tú y yo?

GAB. También yo lo recuerdo.

JULIAN. ¡Cuánto tiempo pasó!

GAB. Desde entonces, Julián, ¡qué de prisa viviste!

JULIAN. Mucho. ¡Ya tengo canas!

GAB. Y yo estoy siempre triste.
Entonces, no.

JULIAN Me acuerdo. ¡Me acuerdo con qué ganas
te reías por todo aun sin venir al caso!
¿Cuántos años tenías?

GAB. Catorce.

JULIAN. ¡Justamente! Por mayo los cumplías.

GAB. Pues ahora estoy a un paso
de los treinta.

JULIAN. ¡Es verdad! Al cambiar nuestra vida
parece que se para la de los que dejamos.
Y cuando, años después, nos encontramos,
queremos reanudarla por donde, interrumpida,
la dejamos entonces. ¡Y es que siempre se olvi- [da
que ellos también vivieron al correr de los años!

GAB. ¡Y así vienen después los desengaños!
¿Verdad?
(Pausa. El va a decir algo que no se atreve y que quiere expresar con la mirada.)
¿Por qué me miras?

JULIAN. Porque si eso lo dices por ti, te juzgas mal.

Te reías ayer, es verdad, y hoy suspiras.
La vida habrá cambiado. Pero tú estás igual.
Tan hermosa... Tan buena... Te lo puedo decir
sin un mal pensamiento.

GAB. Más nos vale seguir
evocando recuerdos. Tú me saliste ingrato.

JULIAN. Porque eras orgullosa.

GAB. Y me dejaste, un día,
por una tal Lucía.

JULIAN. Que luego se escapó con un tal Garabato.
No la nombres siquiera. Si la encuentro, la mato.
Y todo por tu culpa.

GAB. ¿Por mi culpa?

JULIAN. Yo estaba
prendado únicamente de ti. Yo te llevaba
seis años. Ya era un hombre. Ya fumaba y be-
[bía.
Pero con tus desdenes y tu sabiduría
me sentía humillado, porque consideraba
que yo, zafio grumete, no podía inspirar
ardorosas pasiones
a la bella Gabriela,
como llamaban todos a aquella damisela
que entonaba canciones
con el balcón abierto sobre el mar.
¿Te acuerdas?

GAB. Sí, me acuerdo. Las noches de verano
yo abría mi balcón, y al rumor de las olas,
sentándome al piano,
cantaba, dulcemente, sentidas barcarolas.
Mi madre, siempre enferma, desde su casto le-
[cho,
miraba fijamente las pálidas estrellas,
y abandonando el nido, ya frágil, de su pecho,
muriendo lentamente se iba a fundir con ellas.
En un rincón, mi padre fumaba, adormecido.
El humo de su pipa subía en espirales,
y a ratos, desde el puerto, llegaba el leve ruido
de unos remos rompiendo misteriosos cristales.
Lejos, lanzaba el faro,
girando infatigable, su haz de luz sobre el mar,

y al enfocar las casas las teñía de un claro
resplandor estelar
que iluminaba todas las cosas del salón.
Tú, sentado en el muelle, me escuchabas atento.
Mi padre se dormía. Yo callaba un momento
y sigilosamente me asomaba al balcón.
La blanca silueta de mi traje inocente
te atraía en la noche serena y estrellada,
y así permanecíamos, callados, sin que nada
profanara un silencio que era tan elocuente.
Sobre el mar azogado, la inmensidad de plata
lucía recamada de infinitos brillantes,
y, surta en la bahía, nuestra bella fragata
recortaba en el cielo sus mástiles gigantes.
El cuadro era completo. Las cien embarcaciones
amarradas al muelle, con suave somnolencia,
se dejaban mecer. Y las oscilaciones
de un agua transparente de azul fosforescencia,
rizaban, reflejándolas, sus sombras en la luna.
Las luces de la aldea palpitaban doradas.
Y en un reloj de torre, sonando una tras una,
rompían el silencio las doce campanadas
entre un revuelo de ánades despiertos en la
[duna.
Ya no pasaba nadie, ni nada se movía.
Mi padre despertaba. Mi madre suspiraba.
Yo cerraba el piano... Y allá, en la lejanía,
la luna declinaba
como una perla blanca que se desvanecía.
(Transición.)
¡Me acuerdo, sí! ¡Me acuerdo! ¿Cómo voy a
[olvidar
las horas más felices que en mi vida he vivido?
Aunque tú lo ignorabas, yo también te he que-
[rido.
Ahora, que estás casado, lo puedo confesar.
Pero, para tu suerte, nunca lo comprendiste.
Ya ves qué bien hiciste:
¡hoy a ninguno tienes que envidiar!
Tu mujer es más joven y más bella que yo.
Buena para tus hijos... Amante para ti.

¡Eres feliz con ella y ella contigo!

JULIAN. *(Con resignación mal contenida.)*
Sí.

GAB. No se pueden tener más bienes juntos.

JULIAN. No.
Dices bien. Hoy poseo lo que no merecí.
(Entran Estrella, Gildo, Rosita, el Padre y Vi-
... ... cente. En seguida, y al oírlos, la Madre.)

ESTRE. No dirán que tardamos.

JULIAN ¿Y Alberta?

ESTRE. ¿No ha venido?
Es extraño. Nos dijo la hermana de don Diego
que ya había salido
para acá.

MADRE. Ya vendrá. La habrán entretenido.

PADRE. La gente es habladora.

JULIAN. Y ella también.

GAB. Te ruego
que no te precipites, Julián. Este retraso
no será caprichoso. Algún quehacer.

JULIAN. Acaso.

MADRE. Ya lo sabremos luego.

JULIAN. No lo sabremos. ¡Vaya, a la mesa! No es justo
que porque ella no quiera recogerse temprano
nos tomemos nosotros un disgusto.
Madre, saque la cena. Cierra la puerta, hermano.
(Una pausa embarazosa. Se ha hecho de noche. La Madre ha encendido el velón. Gildo cierra la puerta. Las mujeres van disponiendo la mesa. Julián se ha sentado junto a ella y habla con una locuacidad extraña. Gildo y el Padre callan. Los niños también, como asustados.)
¡Tenemos que beber, y reír, y brindar!
Y tú también, Gabriela.
¡Por las castas esposas que se van a bailar
mientras que sus maridos, al timón o a la vela,
se pasan las borrascas en el mar!
¡Ea! ¡Sentáos todos! ¿No véis que estoy con-
[tento?
(Indicando a cada uno su puesto.)

Gildo, tú con Estrella. Tú, prima, en este asien-
(A los niños.) [to
Vosotros, a mi lado.
(A los padres.)
Y vosotros, aquí.

MADRE. Serénate, Julián. Estás muy excitado.

JULIAN. Madre, más vale así.
¡Reíd! ¡Reídos todos!
(Todos intentan reír con una mueca dolorosa, cuando se oyen unos golpes dados con los nudillos en la puerta del foro. Gildo hace intención de levantarse. Julián le detiene.)
¿Dónde vas?

GILDO Que han llamado.

JULIAN. No te muevas. Si quieren, que llamen otra vez.
¡Huele a gloria este guiso! Tú, ponte más, Es-
[trella.
¿Y usted, padre, no quiere?
(Partiendo rebanadas de una hogaza.)
¡El pan de la honradez
es el mejor del mundo!
(Una pausa. Han vuelto a llamar a la puerta con mayor insistencia. La Madre se levanta.)
¿También usted se va?

MADRE. Es que... debe ser ella.

JULIAN. Pues ya se cansará.

MADRE. ¿Qué dices?

JULIAN. *(Cogiéndola por un brazo respetuosa pero enérgicamente y obligándola a sentarse.)*
¡Que no pasa!

ALBER. *(Dentro, con impaciencia.)*
¡Abra, madre, soy yo!

ROSITA. ¡Mamá!

VICEN. ¡Mamá!
(Todos se han puesto en pie asustados de lo que va a pasar.)

JULIAN. *(Con mayor energía siempre.)*
¡Que no
se mueva nadie, digo! ¡Alberta no entra en
[casa!
¡Y si alguien se decide a abrir la puerta

mire que estoy furioso y que no sé qué haré!

PADRE. ¡Julián! ¡Vuelve en tu juicio!

GAB. Dejen. Yo la abriré.

JULIAN ¡Gabriela!

(La exclamación de Julián no intimida a Gabriela, que avanza con decisión, abre la puerta y dice.)

GAB. Pasa, Alberta.
Te estaban esperando.

ALBER. *(Sorprendida.)*
¿Julián, aquí?

JULIAN. *(Fuera de sí.)*
Julián:
¿Qué pasa?

ALBER. Nada.

GAB. Nada. No es preciso que habléis:
que a él se le dió el trabajo más fácil que otros [días
y que tú te marchaste porque no suponías
que volviera tan pronto. Conque no disputéis.
(Alberta se ha sentado con sumisión hipócrita. Julián también. Luego, todos han ido haciendo lo mismo, como sugestionados por Gabriela.)
Demos gracias por nuestro bienestar,
y a reponer las fuerzas, que aun hay que traba- [jar.
La barca está repleta; la cazuela, humeante,
y sanos vuestros hijos. ¿Qué más podéis pedir?
Ahora, a comer dichosos, y de hoy en adelante,
puesto que no hay pesares, a cantar y a reír.
(Pausa. Bajo un silencio hostil que pesa sobre todos van a meter, cada cual, las cucharas de palo en la cazuela, cuando Gabriela los detiene con un ademán, y puesta en pie, les dice.)
Esperad un instante.
Yo tengo la costumbre de rezar
una breve plegaria antes de comenzar
a comer, y esta noche os la quiero decir.
Vosotros, mentalmente, me vais a acompañar,
y mañana conmigo la podréis repetir.

Padre nuestro, el que amparas las barcas sin [gobierno
y sabes el destino de las embarcaciones;
el que das a los mares su movimiento eterno
y llevas a seguro los frágiles timones.
Dale al hombre de tierra, el que en bailes y fe- [rias
se va empequeñeciendo, tu fuerza y tu heroismo,
y enséñale lo poco que valen sus miserias
frente a la majestad airada del abismo.
Líbrale, Padre nuestro, de la ira vulgar,
y en la noche del alma, cuando empiece a du- [dar,
tú, que aquietas las olas y que calmas los vien- [tos,
borra, como una nube, sus malos pensamientos
y dale la sublime serenidad del mar.
(Todos se persignan. Gabriela se sienta. Las cucharas caen a una sobre la cazuela.)

(TELÓN)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es media tarde. En escena, *Estrella* y *Gildo*. Una pausa. *Estrella* mira apasionada y tristemente a Gildo, que, abstraído en sus pensamientos, no lo advierte.

ESTRE. ¡Ya no me quieres, Gildo!
GILDO. ¿Por qué? ¿Tanto he cambiado?
ESTRE. Mucho. Estás caviloso y te pasas las horas
sin pronunciar palabra.
GILDO. Siempre he sido callado.
ESTRE. Conmigo, no.
GILDO. *(Suspirando.)*
¡Contigo...!
(Otra pausa. Estrella se tapa la cara con las manos y rompe a llorar silenciosamente.)
¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?
ESTRE. Por nada.

GILDO. *(Tratando de descubrirla el rostro.)*
¡Dí!
ESTRE. Por nada. ¡Déjame!
GILDO. ¿Qué te pasa?
ESTRE. *(Levantándose y disponiéndose a marcharse.)*
Lo que a ti. Lo que a todo:
¡que desde hace algún tiempo, ya no hay modo
de que vuelva la paz a vuestra casa!
(Vase. Gildo, solo.)
GILDO. Tiene razón. La antigua paz ha huído
y, hoy, cada corazón es una brasa
que con la misma yesca han encendido!
(Vase. Salen Julián y Alberta.)
JULIAN. ¿Y los niños?
ALBER. Se fueron con Gabriela.
JULIAN. Te ruego
que procures no pierdan su lección.
Puesto que poco a poco van tomando afición
al estudio, debemos aprovecharla. Luego,
cuando terminen, mándales a jugar.
ALBER. Está bien.
¿Saldrás?
JULIAN. Vuelvo en seguida.
ALBER. Si no encuentras con quién
jugar una partida
en el frontón o en la bolera.
JULIAN. ¿Por qué me dices eso con intención?
ALBER. Por nada.
Porque desde hace ya una temporada
no es mi Julián el mismo que era.
Anda huído de casa, silencioso.
Con amigos alegres frecuenta la bodega,
y apenas si, forzándole, navega
de mala gana siempre, y perezoso.
No es que yo te censure, que un poco de reposo
no viene nunca mal.
Pero tu barca, que antes no tenía rival,
no produce el caudal
que antaño producía,
porque no se desvela
su patrón, cual solía.

Y el gasto de la casa, en cambio...
JULIAN. Es el normal.
ALBER. Estando aquí Gabriela
sube más cada día.
JULIAN. No es Gabriela una carga. Desde que el tío ha [muerto
y la prima ha heredado, nos ayuda a vivir.
ALBER. Gracias a eso, pero...
JULIAN. Pero ¿qué? ¡Nunca acierto
lo que quieres decir!
ALBER. Que se debía ir
a vivir a su casa. Creo que la conviene.
¡Y a nosotros también!
JULIAN No hables de ello, siquiera.
Gabriela queda aquí para siempre. No tiene
más familia en el mundo. Mientras ella no quiera
no saldrá de esta casa.
ALBER. Pues sería mejor.
JULIAN. ¡Basta! ¡No insistas más,
Alberta!
(Pausa. Julián coge el sombrero y se dispone a partir.)
ALBER. ¿Adónde vas?
JULIAN. A la Junta, en los porches de la Plaza Mayor.
ALBER. ¿Qué Junta?
JULIAN. La del Mar. La de los Congregantes
que preside mi padre. De toda la marina
han venido patrones, a ver si se termina
con dos barcos mercantes
que hacen el contrabando fingiendo cabotaje
y deshonrando a todos los buenos marineros.
Como antiguos piratas se entregan al pillaje
y al robo, y hay quien dice que son barcos ne- [greros
refugiados aquí, para huír las sorpresas
de los corsos ingleses armados de cañón.
Pero nos preparamos a su persecución.
Saldrán cuatro faluchos, dos urcas holandesas,
un patache, un bajel,
tres chalupas ligeras y hasta una trincadura
que lleva sobre el mástil de la amura

la imagen del Arcángel San Gabriel.
Les batiremos firme y con coraje
y entregarán el mando o tendrán que morir.
¡Si es preciso llegar al abordaje,
se llegará, con hachas, pero se han de rendir!
En fin, Alberta, voy. Hasta luego.

ALBER. Hasta luego.

(Vase Julián. Alberta, sola.)
¿Dos navíos mercantes? ¿Serán los de él?
(Gabriela apareciendo en la puerta con los niños Rosita y Vicente.)

GAB. ¡Alberta!

ROSITA ¡Madre!

ALBER. *(A los niños, que entran radiantes de alegría.)*
¿Dónde estuvisteis? Venís echando fuego.
Tú, en cambio, vienes pálida, lo mismo que una [muerta.

GAB. Porque fuímos los tres a mi casa vacía,
y lo que a mí palidecer me hace,
a ellos les da alegría y les complace,
excitando su ardiente fantasía.

ROSITA. ¡Hay una sala llena de pájaros extraños!

VICEN. ¡Y de peces metidos en frascos de cristal!

GAB. El museo de padre. Donde fué tantos años
coleccionando especies del país tropical.

VICEN. ¡Y unos barcos preciosos!

ROSITA. Y mapas.

VICEN. Y retratos.

ROSITA. ¡Y un anteojo muy largo, para mirar al cielo!

VICEN. Y libros, y aparatos.

ROSITA. ¡Y una piel de león extendida en el suelo!

VICEN. ¡Mucha riqueza! ¡Mucha! Madre, ya lo he pen- [sado:
¡quiero ser capitán!

GAB. Todo estaba lo mismo que él lo había dejado.
¡Y pensar que sus manos ya no lo tocarán!

ALBER. Gabriela, no te apenes. Si te causa aflicción
yo misma, en tu lugar, de vez en cuando, iré
a echar una mirada al caserón.

GAB. ¡Gracias, prima!

ALBER. Gabriela, no hay de qué.

Dame la llave. Yo la guardaré.
GAB. Allí, junto al fogón,
donde la espumadera la colgué.
(En efecto, al entrar, habrá colgado la llave en sitio muy visible.)
ALBER. Ya la veo. Descuida. Yo de todo me encargo.
(Mutis de Alberta.)
ROSITA. ¡Alégrate, Gabriela!
GAB. El rato ha sido amargo.
(Acariciando a los niños.)
¡Pero vuestro cariño me consuela!
Aunque hoy os tengo que reñir.
ROSITA. ¿De qué?
GAB. De haber saltado a la barca amarilla.
ROSITA. Fué este lobo de mar.
VICEN. Fué esta angula de orilla.
GAB. No disputéis. Que nunca se vuelva a repetir.
ROSITA. ¿Está embrujada, acaso, la barca?
VICEN. ¿Está maldita?
ROSITA. ¿Hay latas de petróleo?
VICEN. ¿Cajas de dinamita?
GAB. No. Pero yo os prohibo que os acerquéis a ella.
ROSITA. Pues Estrella María
estaba, el otro día,
llenándola de anzuelos para pescar.
GAB. Estrella
no supo lo que hacía.
Si lo hubiera sabido
se habría arrepentido.
(Alberta, volviendo a salir.)
ALBER. No des explicaciones. Lo que manda la tía
debe ser, en el acto, obedecido.
Andad a preparar vuestras lecciones.
Luego iréis a jugar.
(Los niños, poco dispuestos a obedecer, no se mueven.) ¿Habéis oído?
(Los niños vanse de mala gana.)
GAB. Eres dura con ellos.
ALBER. Quiero educarlos bien.
GAB. Pero de otra manera: con amor, con ternura.
ALBER. ¿Me vas a dar lección a mí también?

GAB. Eso nunca. Perdona. Mi intención fué más pura.
(Vase Gabriela. Una pausa. En seguida entra don Diego.)
DIEGO. *(Con sigilo, desde la puerta.)*
¡Alberta!
ALBER. *(Sobresaltada, al verle.)*
¡Diego! ¡Vete! No estoy sola.
DIEGO Lo sé.
ALBER. ¿Y te atreves...?
DIEGO A todo. Nunca he sido cobarde.
ALBER. Pero me comprometes. ¡Vete, por Dios! Más [tarde,
con la noche cerrada,
aguárdame. Yo iré.
DIEGO. ¿Adónde?
ALBER. A la casona abandonada
de Gabriela. Ya tengo en mi poder la llave.
Me la ha dado ella misma.
DIEGO. Entonces, ¿es que sabe...?
ALBER. No sabe. ¡Por Dios, vete!
DIEGO. *(Avanzando con resolución.)*
No. Llama a tu marido.
ALBER. ¿Qué dices?
DIEGO. Quiero hablarle.
ALBER. ¿Tú?
DIEGO. Para eso he venido.
Necesito un piloto que se juegue la piel
en cierta empresa audaz, y ninguno como él.
(Sale Estrella. Ellos no la ven. Pero ella, al verlos, se recoge en sí misma y escucha.)
ALBER. Pero... ¿qué te propones?
DIEGO. Lo que tu amor sospecha:
alejarle. ¿No estorba? Pues se ofrece un ne- [gocio
fabuloso y con riesgo, y la cosa está hecha.
El se aburre en el ocio
de la pesca tranquila. El peligro le llama.
Aceptará en seguida, creyéndolo un honor,
y no sospechará lo que se trama.
Hasta que vuelva hay tiempo; si no vuelve, me- [jor.

(Estrella, que lo ha oído todo, ha cruzado la escena descalza y ha salido por la puerta opuesta adonde entró.)

ALBER. *(Aterrada.)* ¡Diego! ¡Me das horror!
¿Deshacernos de él? ¡No! ¡No! ¡No lo con-
[siento!

DIEGO. Pues que se marche al mar. Que nos deje vivir
nuestro amor.

ALBER. Es que has dicho...

DIEGO. Nadie puede impedir
que le asalte, de pronto, algún mal pensa-
[miento.
¡Pienso monstruosidades por ti, sólo por ti!

ALBER. Yo quiero tu cariño, pero su muerte, no.

DIEGO. Pues eso le defiende, porque, siguiendo así,
tú me dirías, "¡mata!", y mataría yo.

ALBER. ¡Gracias, Diego! ¿Es bastante
con que se vaya?

DIEGO. Sí.

(Han quedado cogidos de las manos, cuando oyen los pasos de la Madre, que sale. Antes de que ésta los vea, Alberta se desprende de Diego y alzando la voz para disimular, dice.)

ALBER. También padre salió.
Pero aquí está la madre. Con ella puede hablar.
Es don Diego, el indiano, que quería tratar
con Julián un negocio.

MADRE. Pues tendrá que volver.
Los asuntos de mar
no son para tratados por madre y por mujer.
Vaya usted a buscarle a la Plaza Mayor.

DIEGO. Si me lo permitís, yo prefiero esperar.
Es cosa reservada y aquí estamos mejor.

MADRE. Como quiera.

(Pausa. Diego se ha sentado. Alberta también, a coser. La Madre, al fogón.)

DIEGO. Es más grande, la casa, que parece.

MADRE. Sí. Es grande.

DIEGO. Y bien cuidada.

MADRE. Se vive con holgura.

DIEGO. Y limpia. ¡Y muy alegre! Nadie se lo figura.

MADRE. Por fuera, desmerece.
DIEGO. No importa. Gozáis fama de bien acomodados.
MADRE. Poca cosa, señor. Tres hombres que trabajan,
dos mujeres que cosen, y los cinco, ordenados.
Los caudales del pobre, con él al hoyo bajan.
¡Son tesoros vacíos en cuanto le amortajan!
Y ahora más. El otoño se presenta mediano.
Escasea la pesca.
DIEGO. Es mejor navegar.
Un paquebot, un brick, y a dejarse llevar.
No se está muy tranquilo, ni mano sobre mano,
pero se hace fortuna. Hablo por experiencia.
Si yo fuera Julián, sería marinero.
MADRE. Pero de tripulante no se gana dinero.
No va a ser capitán.
DIEGO. Puede entrar de piloto.
MADRE. No estudió.
DIEGO. ¿Qué más ciencia
que conocer el Golfo palmo a palmo?
MADRE. Eso, sí:
Desde Vigo hasta el Havre, de Liverpool a aquí,
sabe los bajos fondos, los bancos y corrientes
como si fuera un buzo.
DIEGO. Pues un buen armador
así los quiere, prácticos, seguros y valientes.
¡Los de la Escuela Náutica son fachada exte-
[rior.
(Dejando caer las palabras.)
Precisamente de eso quiero hablar a Julián.
MADRE. *(Muy alarmada.)*
¿De llevarle en un barco?
ALBER. *(Que ha callado hasta ahora.)*
¿Por qué no, si es su bien?
Yo creo...
MADRE. Nada crees. Tú y yo no somos quién.
Aquí están ya los hombres. Ellos resolverán.
(En efecto, a través de la ventana se ha visto pasar las figuras de Julián, Gildo y el Padre, que entran.)
DIEGO. ¡Buenas tardes, patrón!
(Extrañado al reconocerle.)

PADRE. Buenas tardes, don Diego.
DIEGO. ¡Hola, valientes!
JULIAN. *(Secamente.)* Hola.
(Gildo ni siquiera responde.)
MADRE. Os espera hace rato.
Quiere hablar con vosotros de un negocio.
ALBER. De un trato
con Julián.
DIEGO. Pero juzgo, para hablar con sosiego,
que sería mejor...
PADRE. *(A las mujeres, atajándole.)*
Que nos dejéis a solas.
MADRE. Ya nos vamos.
(Pausa. Vanse Alberta y la Madre. Los hombres se han sentado. Diego saca una petaca de picadura, que ofrece primero a Julián y luego al Padre. Julián la rechaza.)
JULIAN. No fumo.
DIEGO. Tú, sí.
PADRE. *(Aceptando y aculotando su pipa.)*
¡Gran picadura!
DIEGO. Rica Flor de la Habana. Lo mejor que las olas
traen a Europa, elegido de mi manufactura.
¡Ataca bien y apura!
¡Quédate la petaca! ¡Te la regalo!
PADRE Pero...
(Un ademán de Diego. El Padre se guarda la petaca.)
DIEGO. De tabaco y bebidas estoy a lo que quiero.
Nunca falta un barril cuando otro se vacía.
Rom Jamaica y Ginebra de mi refinería.
Y en café... ¡no digamos! Lo mejor y más puro:
Caracolillo espeso y Moka del oscuro.
¡Del que tiñe la taza y se mastica!
(A Julián, dándole una palmada en el hombro.)
¡Vé por casa, Julián, probarás cosa rica!
JULIAN. Gracias. No tengo tiempo.
DIEGO Para tomar café
y apurar una copa, poco has de malgastar.
A desaire, si no, lo tomaré.
PADRE. Eso nunca.

JULIAN. Ya iré cuando tenga lugar.
DIEGO. Pues tratemos lo nuestro.
(Bajando la voz.)
Yo necesito un hombre
que se quiera jugar
la vida.
(Extrañeza de los tres pescadores.)
Así, de pronto, comprendo que os asombre.
Que se quiera jugar la vida por salir
de pobreza y tener
todo cuanto le pueda apetecer:
oro, vino, mujeres.
Lo que tú ansiarás, como buen mozo que eres.
¿No es verdad lo que digo?
JULIAN. Con el tiempo... ¡a saber!
Mas, por hoy, considero
el oro, pasajero;
el vino, un mal amigo,
y en cuanto a mujeres, ya tengo a mi mujer.
DIEGO. Es que yo te creía un hombre aventurero,
y el asunto requiere, sobre todo, valor.
JULIAN. Eso ya es otra cosa. Si habla usted a mi amor
propio de marinero,
quizá nos entendamos. El camino es mejor.
Pero hable sin rodeos. Los cuatro aquí presen-
[tes,
la verdad por delante. Diga de qué se trata.
DIEGO. De escapar un alijo a una fragata
que le sigue de cerca. Mis hombres son valien-
[tes.
Pero les falta un mando. El piloto que había
ha muerto de escorbuto.
JULIAN. ¿Y el barco?
DIEGO. En la bahía
de las Brujas al pairo, detrás de un arrecife,
con las velas tendidas y largas las escotas.
Inquieto hasta del aire que alzan las gaviotas,
deseando escapar
veloz como un esquife
y dispuesto a volar
la santabárbara al instante.

Los pañoles de pólvora están abarrotados,
y antes quieren morir mis hombres, que apre-
[sados
caer por el inglés.
Ya lo sabes, Julián. El caso es apremiante
y grave, como ves.

JULIAN. ¿La carga?

DIEGO. *(Vacilando un segundo.)*
De tabaco.

JULIAN. ¿Se dirige?

DIEGO. A Mahón.
Hay que doblar el Cabo y pasar el Estrecho;
cruzar frente a Lisboa y burlar el Peñón.

JULIAN. *(Mirándole fijamente.)*
Y usted ¿con qué derecho
me considera digno de tal proposición?

DIEGO. *(Arrostrando audazmente la mirada.)*
No entiendo la pregunta. Se habla de amigo a
[amigo.
Se llega o no al acuerdo,
pero no hay que ofenderse. Si no cuento con-
[tigo,
que se pierda la nave. Es mucho lo que pierdo.
¡Pero sus hombres pierden más!
*(Pausa embarazosa. El Padre fuma nerviosa-
mente.)*

JULIAN. Padre, ¿por qué se calla? ¿Qué dice de este
[asunto?

PADRE. Que ya lo pensarás.
Espere hasta mañana.

DIEGO. *(Con impaciencia y contrariedad.)*
Sí. Pero nada más.
Y pongamos las cosas en su punto.
Si aceptas, ganarás
lo que produzca el viaje. La carga es para ti.
Importa muchos miles. Yo, esta vez, sólo quiero
que se salven los hombres y el velero.
Y si después te gusta ganar la vida así,
ajustaremos trato para lo venidero.
(Poniéndose en pie.)
Conque a pensarlo bien. No canso más.

(Gildo, que ha escuchado toda la escena con interesada ansiedad, exclama de repente.)

GILDO. ¡Señor!

DIEGO. ¿Muchacho?

GILDO. Si la empresa sólo exige valor,
aquí me tiene usted dispuesto a perecer.

DIEGO. ¿Qué dices?

PADRE. ¡Gildo!

GILDO. ¡Déjeme! ¡Yo también quiero hablar!
¡Quiero salir de pobre! Perecer o ganar
mucho dinero, mucho, que poder ofrecer
mañana a una mujer.
Lo demás no es vivir: es vegetar.
¡Y yo quiero ser rico y merecer
lo que hoy me da vergüenza confesar!
¡Lléveme usted, señor! ¡Estoy dispuesto
al mayor sacrificio!

DIEGO. No contaba con esto.

PADRE. Gildo, los pocos años te hacen perder el juicio.

DIEGO. ¿Se puede confiar cosa tan grave
a un mozalbete así? Yo no estoy loco.

GILDO. ¡Yo tampoco, señor!

PADRE. ¡Ni yo tampoco
para dejar que vayas!

GILDO. *(Suplicando.)*
¡Padre!

PADRE. ¡Acabe
esto ya de una vez!

JULIAN. *(Conciliador.)*
¡Cállate, hermano!

(Pausa. Gildo obedece. Da media vuelta y humilla la frente.)

DIEGO. *(Disponiéndose a partir.)*
Ya sabéis. Solamente trataré con Julián.
En nadie más confío.
(A Gildo.)
Para ti aun es temprano.
(Al Padre.)
En cuanto a la respuesta, comprenderás mi [afán.

PADRE. *(Acompañándole hasta la puerta.)*

Descuide usted, señor. Ya se la llevarán
antes que suba el sol al meridiano.
(Vase Diego. A Gildo.)
Déjanos solos, Gildo. Yo creía
que se podía hablar en tu presencia.

GILDO. ¡Padre!...

PADRE. ¡Cállate! ¡Y cuida no vayas todavía
a cometer una imprudencia!
(Vase Gildo. Julián y el Padre solos.)

PADRE. Tú has estado en la Junta de la Plaza.
¿Sabes lo que se dice? Que los barcos son de él.
No aceptes. Traicionas y te daremos caza,
y aunque no te cojamos, denigrarás tu raza.
Si te marchas, no vuelvas.

JULIAN. Es usted muy cruel.
Cierto cuanto me dice, pero también es cierto
que hay unos pobres hombres que se pueden [salvar.
Dígame si, en conciencia...

PADRE. Ya te veo dudar.
¡Antes que deshonrado, que te me traigan [muerto!
No tengo más que hablar.
(Vase el padre. Julián, cabizbajo. En seguida sale Alberta. Julián, al verla.)

JULIAN. ¿Tú qué dices?

ALBER. Yo, nada. Como nunca me pides
parecer ni opinión...
Pero en esta ocasión
no puede haber duda ninguna.
Si ahora no te decides
demuestras que no tienes la menor ambición.

JULIAN. Es verdad. No la tengo.

ALBER. Pero... ¿y los demás?
¿Y tus hijos? ¿Y yo? ¿No merecemos nada?
¿No saldremos jamás
de esta vida arrastrada
que nos das?

JULIAN. Alberta, no te quejes. Nuestra dicha es mo- [desta.
Pero pobres nacimos

y entre pobres vivimos.
Dí si muchos disfrutan una vida como ésta.

ALBER. Naciste pobre tú; yo, no.

JULIAN. Ya lo sabías.

ALBER. Pero creía en ti.

JULIAN. ¡Creía! ¿Qué creías?

ALBER. En tu audacia y tu amor.
Que te enriquecerías.
sin reparar en medios.

JULIAN. ¿A costa de mi honor?

ALBER. ¿Es que hacer contrabando
deshonra a un marinero
valiente? ¿Desde cuándo?
¿Quién no lo hizo nunca?

JULIAN. Padre.

ALBER. ¡Será el primero!
Desde bien pequeñita vi cómo se citaban
en mi tienda los hombres que contrabandeaban.
Entre ellos, Pedro, el práctico; Blas, el burgo-
[maestre,
y Sebastián, el síndico. Y todo lo trataban
con Rufo, el caporal de la guardia terrestre.
Y el que más y el que menos, siendo todos hon-
[rados,
se iban asegurando una buena vejez.
¡Se han forrado de oro por los cuatro costados,
y hoy nadie se permite dudar de su honradez!
¡Y eso que no tenían una mujer hermosa
—dicho sea por mí sin vanidad—,
que de haberla tenido, ya hicieran otra cosa
para llenar sus arcas con más celeridad!
Pero tú—bien se ve—te lo mereces todo
sin obligarte a nada.
Yo debo ser honesta, cuidadosa, ordenada
y pasar las fatigas de este humilde acomodo
sin permitirme un lujo,
sin lucir en la fiesta
una mala arracada
de baja pedrería.
Tienes razón, Julián. ¡Quéjate todavía!
¡Dí si muchas disfrutan una vida como ésta!

JULIAN. ¡Colmarás mi paciencia!
ALBER. *(Irónica.)*
No hay cuidado, Julián.
Tus padres, con su ejemplo, tan digno y tan [honroso,
pueden más que tus hijos y que yo. ¡Ellos ve- [rán!
A este paso no logran más que hacérteme [odioso.
¡Luego, si una se pierde, dirán...!
JULIAN. *(Fuera de sí, amenazándola.)*
¡No lo dirán,
porque antes te mato!
(Asiéndola violentamente de una muñeca.)
Escúchame, mujer:
Ni tus malos consejos ni tu ciega ambición
conseguirán torcer
la conducta de un hombre honrado. Pero son
bastante a declarar
lo poco que me quieres.
¡Me podrás, en la ausencia, traicionar;
pero mira lo que haces, porque a mi vuelta, [mueres!
ALBER. ¿Es que te vas?
JULIAN. Lo ignoro. No sé aún lo que hacer.
Mas nunca por codicia. Si me voy ha de ser
porque desde hace rato me está martirizando
la imagen de esos hombres que no pueden vol- [ver.
¡Y hasta siento las voces con que me están lla- [mando!
ALBER. ¡Pues obedécelas, que son las del deber!
(Vase Alberta por la derecha. Julián, cada vez más abismado en sus pensamientos. Por la izquierda salen Estrella y Gabriela, sin ser vistas por Julián.)
JULIAN. *(Para sí.)*
Es mala, mala... ¡Mala!
(Gabriela y Estrella, aparte.)
ESTRE. ¡No le deje, señora,

que se marche! Ya sabe lo que escuché al pa-
[sar.

GAB. ¡Dios te lo pague, Estrella! Pero déjame ahora
con él. Le quiero hablar.
(Vase Estrella por el foro. Gabriela a Julián.)

GAB. ¿En qué piensas, Julián?

JULIAN. No pensaba.

GAB. Imposible.
El pensamiento nunca se detiene.
Es como la marea del mar, que va y que viene;
como el girar del mundo: eterno, aunque invi-
[sible.
¿En qué piensas, Julián? Si te puedo servir
para algo en tus dudas, me causará alegría.
Pero ¿con qué derecho iba yo a intervenir?
¡Aunque bien sabe Dios la intención que me
[guía!

JULIAN. Tú siempre eres igual. En la galerna,
clarear de los cielos y anuncio de bonanza.
Dondequiera que estés, tu voluntad gobierna.
Eres en todas partes el rayo de esperanza.
¡Qué distintas las dos!

GAB. No compares, Julián.

JULIAN. Nunca despertaréis el mismo afán.
(Pausa.) ¿Sabes a qué ha venido el armador?

GAB. Algo sé, por tu padre.

JULIAN. Y tú, ¿qué opinas?

GAB. Nada. Que si te inclinas
a aceptar el negocio, debe ser lo mejor.
¿Cómo voy a opinar
en cosas de marinos y patrones?
Desde niña, mi padre, me enseñó a respetar
sus determinaciones.
No siendo nadie yo para influir en ti,
no iba a faltar mi aprobación ahora.

JULIAN. Pero puedes hablarme lealmente.

GAB. Eso sí.

JULIAN. Ser la luz de la aurora
de mis vacilaciones.

GAB. *(Aparentando sorprenderse.)*
¿Es que dudas aún? Te creí decidido

a aceptar y a dejarnos. Y hasta se han afligido
dos pobres corazones:
tu madre y yo.

JULIAN. *(Interesado.)* ¿Tú?

GAB. Sí. No lo sintiera más
si hermano mío fueras.
Pero ¡bah!... No hagas caso de lágrimas ca-
[seras.
Todos te esperaremos y tú regresarás
contento de salvar a esos valientes
y con una fortuna..., ¡que nunca está de más!
¡Luego, deja que digan y murmuren las gentes!

JULIAN. Gabriela, ¿hablas de veras?

GAB. ¿Por qué no? ¿Tu conciencia te dice que haces
[bien?
Pues haz lo que tú quieras.
¡No repares en cómo ni por quién!

JULIAN. Mi conciencia presiente, cada vez más cercano,
el tifón del Pacífico. Mi deber es marchar.
Esta casa me echa. Siento en ella una mano
que me empuja hacia el mar.

GAB. ¿Una mano que empuja?

JULIAN. Un deseo de huír.
De huír de ciertas cosas que no quisiera ver,
y de otras que me llaman con extraño poder.

GAB. *(Bajando los ojos.)*
Julián, no te comprendo lo que quieres decir.
¿Hablas de tu mujer?
No está hecha a llevar
una existencia humilde.
Protesta a su pesar.

JULIAN. Pero tiene razón.
La vida es algo más que trabajo y pobreza.
¡Mi mujer ha nacido con sobrada belleza
para la casa humilde de un pescador bretón!
Ahora va a remediarse todo esto.
¿Necesita dinero? ¡Pues dinero tendrá!
A todo estoy dispuesto.
No puedo sufrir ya
su despectiva humillación.

Cuando vengan mal dadas, quitándome de en [medio
evitaré a los míos mi baldón.
Y éste es, además, el único remedio
con que el hombre se libra de una mala pasión.
(Mirándola apasionadamente.)
Si me quedara aquí más tiempo llegaría
a temerte o a odiarte.
No podría callar y traicionaría
la firme voluntad de respetarte.

GAB. *(En un grito de dignidad y de asombro.)*
¡Julián!
(Pausa larga. Desde este momento los dos rehuyen la mirada.)
¿Por qué lo has dicho? ¿Por qué no te [has callado?

JULIAN. ¡Perdóname, Gabriela!

GAB. Sí, sí. Por perdonado.
¡Y hasta quiero olvidarme de tus palabras ya!
Pero ha sido mejor, después de todo.
Cambian así las cosas de tal modo
que eres tú quien se queda y yo la que se va.

JULIAN. ¡No, Gabriela! ¡Tú, no!

GAB. Todo lo he comprendido
desde el primer momento.
No te guiaba el lucro. Buscabas el olvido.
¡Huías de tu propio pensamiento!
Ni esos aventureros atraen tu simpatía,
ni la vana codicia de tu mujer te ciega.
De cuantos te han hablado, sólo una voz te llega
al alma: la del tío. La que te prohibía.
Tu instinto te gritaba: "¡Esa tiene razón!"
Y yo, que lo sabía,
te dejaba marchar.
Julián, perdóname. Tenía una ilusión:
¡la ilusión de que aún me podía engañar!
Callando, mi ilusión se hubiera mantenido,
y hasta me hubiera dicho: Tú no has sido cul- [pable.
Julián se hizo a la mar
porque era inevitable;

porque Alberta jamás le ha comprendido
ni le supo querer ni respetar.
Pero hablando, has deshecho mi mentira egoís-
[ta...
Te has salvado. Te ibas con motivo. Ya, no.
No hay fuerza que te empuje ni razón que te
[asista.
¡Eres tú quien se queda; la que se marcha, yo!

JULIAN. ¡Tú, no!

GAB. Y ahora me alegro. Estaba ciega. Estaba
tan contenta y feliz entre vosotros, que
ignoro cómo no reflexioné
que yo no merecía lo que este hogar me daba.
Que debía dejarlo. Que ocupaba un sitial
y usurpaba un cariño que no eran para mí.
¡Dios os premie el amor que recibí
y que os pagué tal mal!

JULIAN. ¿Tan mal?

GAB. Desde que vine todo lo trastorné
como mujer fatal,
y ya no sois felices porque yo os embrujé.
Y ganada al cariño por esta intimidad
tan familiar y hospitalaria,
frente a la austeridad
de mi casona solitaria,
no pensaba que un día
yo misma, sin querer, destruiría
vuestra felicidad.
Ese día ha llegado, y os dejo.

JULIAN. No, Gabriela.
Ya sé que te ofendí.
Fué una alucinación.
No la tengas en cuenta. Y sigamos aquí
los dos, como hasta ahora. Yo, a la red y a la
[vela;
tú, en casa, con los niños, a llevar el timón
de este hogar.
Si te vas
no existirá ya quien
pueda oponerse a mi partida.
Gabriela, ¡por piedad! ¡Piénsalo bien!

¡La muerte, si te marchas; si te quedas, la vida!

GAB. *(Poniéndose en pie.)*
Y de cualquier manera, el mismo resultado:
la angustia, la zozobra o la deslealtad.
Julián, ¿por qué lo has dicho? ¿Por qué no te [has callado?
¡Has destruído toda nuestra felicidad!
(Vase Gabriela. Julián, solo, viéndola partir.)

JULIAN. ¡Se marchará! Lo leo en su mirada.
La perderemos todos para siempre, por mí.
(Con decisión.)
Julián, ¿por qué vacilas, si tu suerte está [echada?
(Diriéndose a la puerta por donde se fué Gildo, y llamándole.)
¡Hermano! ¡Ven aquí!
(Sale Gildo. Julián, acercándose a él hasta mirarle de hito en hito.)
Mírame cara a cara, como los hombres.

GILDO. ¿Qué?

JULIAN. ¿Es la prima Gabriela quien te impulsa a buscar fortuna?
(Gildo duda, sin decidirse a responder; pero denunciándose con el gesto.)
No respondas. A mí también.

GILDO. *(Con naturalidad.)*
Lo sé.

JULIAN. ¿Y estás dispuesto a todo?

GILDO. ¡A morir y a matar!

JULIAN. Pues vé.
(Bajando más la voz.)
Dile a don Diego que acepto. Irás conmigo.
Volverás digno de ella.

GILDO. *(Sin comprender.)*
¿Y tú?

JULIAN. Voy a olvidar.
Saldremos esta noche. Deja abierto el postigo.
A las cinco, en la playa. Tenemos pleamar.
(Gildo se va por el foro. Julián, por la lateral derecha. En seguida, y por la izquierda, sale Alberta. Mira a todos lados. Descuelga la llave

y se va por el foro. Gabriela, que salía con su hatillo dispuesta a abandonar la casa, se ha detenido a tiempo de ver lo que hacía Alberta y se ha dado cuenta de todo.)

GAB. ¿A mi casa a estas horas? ¿Qué intenta esa [mujer?
(Dando un paso hacia la puerta y gritando.)
¿Adónde vas?
(Deteniéndose de pronto, arrepentida de haberla hablado.)
¡Silencio! Si peligra su honor, no preguntes: vigila.
(Dejando el hatillo sobre la mesa y quitándose la esclavina.)
¡Cumple con tu deber!
¡No te vayas aún!
(Con la vista en el cielo.)
¡Tú lo quieres, Señor!

TELÓN

ACTO TERCERO

Estancia en casa de Gabriela. A la izquierda, primer término, puerta a la calle; segundo término, ventanal. Al foro, otro ventanal. A la derecha primer término, puerta al interior de la casa. Segundo término, arco diáfano por el que se ve el museo del Capitán, y al que se asciende por dos gradas. Los muebles, ricos y severos. Toda la escena llena de objetos de navegación, mapas, planos, etcétera. Una carabela cuelga del techo. Retratos de marinos, libros, telescopio, etc. Es media tarde de un día gris y borrascoso. En escena, Alberta y Diego. Alberta escucha un momento, sobresaltada.

ALBER. ¿Oíste?
DIEGO. Es el silbido del viento. Hoy hay mar [gruesa.
ALBER. Me sobrecoge hasta el rumor del mar.
Diego, ¿por que te conocí?
DIEGO. ¿Te pesa?
ALBER. No sé. Voy a enfermar,

a enloquecer de sobresalto y miedo.
Sí. ¡Vámonos de aquí!
¡Llévame donde quieras! Ya no puedo
vivir un día más sufriendo así.
Parece que las sombras me persiguen
y las cosas propalan mi delito.
Ni el sueño ni las lágrimas consiguen
acallar mi conciencia, que es un grito;
mi conciencia, que grita sin cesar;
mi pensamiento, que golpea
como un martillo, con la misma idea:
¡Huye! ¡Vete de aquí! ¡Que no te vea!
¡Has manchado su honor! ¡Te va a matar!

DIEGO. Pero no volverá.

ALBER. Dios le da suerte.
Fué digno, fué leal, y merece volver.
¡Aunque tiemblo, espantada, de la muerte,
quiero que vuelva y cumpla su deber!
Todo menos sufrir un día más
este horrible tormento
de oír cómo se ríe Satanás
en el silbar del viento.
Todo menos sufrir la vigilancia
de Estrella y de Gabriela, que sospechan,
y como sombras pálidas acechan
con inquisitorial perseverancia.
¡No puedo sufrir más! ¡Puesto que tuya soy,
haz de mí lo que quieras!

DIEGO. Todo se halla dispuesto. Con las sombras primeras
escaparemos hoy.
(Señalando hacia la ventana.)
¿Ves un barco en la rada? Es mi corbeta.
Mi gente espera en ella preparada.
Apagadas las luces, silenciosa y discreta,
zarpará, ya de noche, sin que se advierta nada.
Puesto que nos vigila el pueblo entero
irán mis botes al embarcadero
y así, esperarme en él simularán.
Mas tú y yo, llegaremos a bordo desde aquí.
No nos descubrirán,

porque estarán atentos a lo que pase allí.
Y si, además, la noche, oscura y tormentosa,
está de nuestra parte, nada habrá que lo impida.
¡Y al despuntar el alba te sentirás dichosa,
libre ya y en mis brazos, camino de otra vida!
Alhajarán tu cuello los brillantes mejores;
ceñirán tus muñecas brazaletes de oro,
y una corte de esclavos guardará tu tesoro
de pieles y de plumas, de sedas y de flores.
No lo dudes, Alberta. No esperes que te [aguarde
aquí más que el hastío, que es el mayor tor- [mento.
La nave nos espera. ¡Mañana será tarde!
¡Vé a gozar de la vida! ¡Ten valor un mo- [mento!
(Alberta, a quien las palabras han ido ganando poco a poco, dice, al fin, rendidamente.)

ALBER. ¡Me fascinas! ¡Me rindes! Sin voluntad me [siento.
(De pronto, recobrándose, sobresaltada.)
Pero ¡calla! ¿Has oído?
(Los dos escuchan.)
¡Vienen!
(Un momento de vacilación. Alberta, decidida.)
¡Sal por atrás!
La ventana da al muelle.

DIEGO. Ya sabes dónde espero.

ALBER. ¡Vete, por Dios!

DIEGO. ¿Irás?

ALBER. ¿No he de ir..., si te quiero,
cuanto más me dominas, mucho más?
(Pausa. Diego desaparece por el arco de la derecha. En la puerta de la calle han llamado con los nudillos. Alberta abre. Entran Gabriela y los Niños.)
¿Tú?

GAB. ¿Te extraña?
(Gabriela mira a todas partes con ansiedad.)
¿Limpiando?

ALBER. Pero muy de ligero.
Como vine ya tarde...
GAB. Pues yo te ayudaré.
ALBER. *(Maldisimulando su impaciencia.)*
Es que... ya me marchaba. Tengo en casa labor:
el paño del altar
del Apóstol Santiago, el pescador,
que aún no lo terminé
y mañana ha de estar.
GAB. También contigo yo lo bordaré.
Pero te quiero hablar.
ALBER. Después será mejor.
GAB. No. Ahora mismo. Después no tendría valor.
Id vosotros adentro. En el atril de pie
hay un libro de estampas. Lo podéis hojear.
(Vanse los niños por donde se supone ser el museo. Gabriela va a la puerta de la calle y cierra por dentro con llave.)
ALBER. ¿Es tan grave, que cierras? No me voy a es-
[capar.
GAB. Para que no entre nadie.
ALBER. ¿Quién puede entrar?
GAB. No sé.
(De pronto, afrontando la verdad con valor.)
¡Alberta! ¿A qué has venido? ¡La verdad!
ALBER. *(Confusa.)*
Ya lo sabes:
a echar una mirada como todos los jueves.
GAB. Gracias. Pero oye, Alberta: dicen cosas tan
[graves,
que ni un momento debes
exponerte a que todos sospechemos de ti.
ALBER. ¿Qué sospechas?
GAB. Que vienes a algo malo.
ALBER. ¿A robar?
GAB. No.
ALBER. ¿A ponerme tus galas?
GAB. Tampoco.
ALBER. ¿A registrar?
GAB. No hay secretos.
ALBER. ¿A verme con un amante?

GAB. *(Con gran energía.)*
¡Sí!
Lo has acertado. A eso: a verte aquí con él.
ALBER. *(Empezando a irritarse.)*
Y ¿qué motivos tienes para esa acusación?
GAB. En realidad, ninguno. Mi propio corazón
que me dice que Alberta no es una esposa fiel.
ALBER. ¡Mientras sea eso todo...!
Pero bien agradeces que te alivien tu pena.
Yo, a evitarte aflicciones; tú, a pagar de este [modo.
¡Ya se ve que en el mundo no se puede ser [buena!
GAB. *(Noblemente indignada.)*
No se puede ser buena sólo cuando conviene,
para ocultar con ello nuestras propias maldades.
La bondad no se finge: se tiene o no se tiene.
Si nunca la has tenido, ¿qué hablas tú de bon- [dades?
Aprovechaste un día
mi duelo y mi pesar
para hacer tercería
en tu amor, de este hogar,
y me lo echas en cara todavía.
Soy yo quien te lo puede reprochar:
¡que has hecho una liviana mancebía
de lo que era un altar!
¿Y aún me acusas de ingrata? ¿Ingrata yo, [que sé
hacia dónde caminas y lo quiero impedir?
Alberta, ten prudencia. No he venido a reñir.
ALBER. Pues entonces, ¿a qué?
GAB. A salvarte.
ALBER. *(Con enorme extrañeza.)*
¿Tú a mí? ¿A salvarme? ¡A espiar!
GAB. *(Atónita.)*
¿A espiar?
ALBER. ¡Si es tu goce! ¿Crees que no lo veo?
¡Si eres mi sombra! ¡Si eres el centinela suyo!
¡Si por eso te odio! ¡Si por eso te huyo!
¡Porque quieres leerme hasta el menor deseo!

Tú y la otra. ¡Tu amiga! ¡Esa desarrapada,
que parece el testigo de todas mis acciones!
¡Siempre descalza y muda, clavando su mirada!
¡Siempre llegando a tiempo o siempre agaza-
[pada,
igual que una lechuza, por todos los rincones!
¿Cuánto os paga Julián por tan airoso oficio?

GAB. ¡Alberta!

ALBER. No te ofendas. Tú te lo cobras bien.
(Con profundo desprecio.)
Aunque no estoy celosa.
¡Eres tú para mí tan poca cosa,
que no mereces más que mi desdén!
(Airada ya, y arrostrándolo todo.)
Pero ¿con qué derecho te atreves a indagar
mis menores acciones? ¿Quién eres para ir
siguiéndome los pasos que ni uno puedo dar
sin que tú me vigiles? ¡Es ya mucho sufrir
y es ya mucho callar!
¿Qué quieres? ¿Descubrir
o inventarme un amante,
para ocupar mi puesto? Pues ya lo has conse-
[guido.
¡Sí! ¡Le tengo! ¡Le tengo y a verle aquí he
[venido!
¿Aún quieres saber más, o ya tienes bastante?

GAB. Bastante es lo que he oído para juzgarte bien.
Es tanta tu maldad, que no sé responderte.
¡Allá con tu conciencia, si deseas perderte!
Pero a mí no me envuelvas en tu culpa tam-
[bién:
¡antes que la deshonra, yo prefiero la muerte!
Y como estoy más limpia de pecado
que la que más lo esté, puedo hablar con or-
[gullo.
Dios nos dará—que El sabe todo lo que ha
[pasado—
a cada cual lo suyo!
Pero tengo un derecho a vigilar tu honor:
el que tenemos todos, hasta los más ajenos,
a velar por la dicha de quienes, siendo buenos,

no reciben, en pago, más que daño y dolor.
¿Crees tú que es bastante con que tú lo desees?
¿Que puedes disponer como quieras de ti?
¡No, Alberta, no! Las cosas no son como tú [crees:
¿y el deber? ¿Y esos niños que sonríen allí?

ALBER. Los niños no me quieren; el deber, me fatiga.
Confieso que hice mal en casar por casar.
Pero si erré el camino, no es justo que le siga;
por fortuna, aún hay tiempo para rectificar.
La juventud es corta y se me está pasando
sin gozar de la vida, del lujo y del placer.

GAB. Aún puedes esperar.

ALBER. Siempre estuve esperando.
Hoy me atrae el pecado y aborrezco el deber.
Es más leal abandonar mi puesto
que mantenerme en él con mentira y engaño.

GAB. Entonces, ¿te has propuesto...?

ALBER. ¡Vivir!

GAB. ¿Vivir a costa de tu propio daño?

ALBER. ¡Como sea! ¡Vivir y gozar de la vida!
Cuando ella acabe, ya no habrá remedio.
¡Es la mayor esclavitud el tedio,
y el fracaso mayor, la juventud perdida!
Ya sé que dejo así una dicha prudente;
pero no quiero más vulgaridad constante.
¡Lo que importa es vivir intensamente,
y aunque sea un momento, ya es bastante!
Luego, a morir o a recordar en calma.
Cuando la juventud haya pasado,
vendrá la expiación para el pecado:
¡marchito el cuerpo, a preparar el alma!
¡Pero antes, no! "Más pronto que lo creas
—me grita el corazón—platearán tus sienes.
¡Date prisa a gozar lo que hoy deseas!
¡Mañana no tendrás lo que ahora tienes!"

GAB. *(Vencida.)*
Entonces, ¿no hay remedio?

ALBER. Ninguno.

GAB. ¡Qué locura!

ALBER. Locura o ceguedad, es ilusión

de una vida futura,
donde se satisfaga mi ambición.
Y ahora, si te atreves, me puedes denunciar.
Pero es mejor que calles, ya que tanto le quie-
[res.
¡No caben dos mujeres
en el mismo lugar,
y yo me iré de aquí más pronto que lo esperes,
para dejarte el sitio que aspiras a ocupar!

GAB. *(Dignamente airada.)*
¡Sí! ¡Vete! ¡Vete! ¡Déjame! ¡Me causas tal
[horror,
que tiemblo de mirarte!
(Desechando la llave.)
¡Libre tienes la puerta!

ALBER. *(Saliendo.)*
¡Se agradece el favor!

GAB. ¡Que Dios te guíe, Alberta!
(Vase Alberta. Gabriela cierra.)
¡Que Dios guíe tus pasos, que hacia el abis-
[mo van!
¡Nadie diría al ver su apariencia tan pura
que encierra un corazón sin la menor ternura!
¡Pobre Alberta! ¡Es más pobre que su pobre
[Julián!
(Pausa. Ha oscurecido. Gabriela enciende un velón. Llaman a la puerta. Gabriela abre. Entra Estrella. Está más mujer, más reflexiva, más seria y triste que antaño.)
¿La has visto?

ESTRE. De pasada. No tan bien como a él.

GAB. ¿Qué dices?

ESTRE. Que a él le he visto mucho mejor que a ella.

GAB. No te comprendo, Estrella.

ESTRE. Que, por fin, tengo pruebas de que Alberta es
[infiel.
Yo recogía setas a orillas de un sendero,
cuando, al alzar los ojos, me quedé atolondrada:
de aquí, de la casona abandonada,
saltando un ventanal igual que un malhechor,
un hombre se escapaba por el pretil trasero.

Me rehice en seguida, pensándolo mejor,
y eché a correr tras él
para saber quién era;
y aunque iba más ligero
que un barco ballenero
con el viento a favor,
como yo soy un gamo, antes de que pudiera
ocultarse, le vi. Y era...

GAB. Pronto, ¿quién era?

ESTRE. Don Diego, el armador.

GAB. ¡Lo que yo sospechaba!

ESTRE. Supongo que se vieron
aquí, que vino usted y que...

GAB. ¡Silencio, Estrella!
¡Ni tus ojos lo vieron!
Fué un sueño que tuviste, porque te adorme-
[cieron;
pero del cual en ti no quedó ni la huella.
¿Entiendes?

ESTRE. Sí, señora. Nada he visto ni sé.

GAB. ¿Fuiste por casa?

ESTRE. Y me dijeron
que estaba usted aquí. Por eso me acerqué.
Para contarle todo lo que mis ojos vieron.

GAB. ¿Otra vez?

ESTRE. ¡Es verdad!
(Pausa. Gabriela mira por la ventana.)

GAB. La mar se ha puesto fea.
Van las aves muy bajas.

ESTRE. Las envidio.

GAB. ¿Por qué?

ESTRE. Porque si, como aquella garzota que aletea,
yo pudiera volar hacia los dos hermanos,
correría a decirlos: "Se acerca el temporal.
No busquéis el abrigo de los puertos cercanos.
La borrasca está encima, y la costa es fatal."
(En efecto, empieza a oirse levemente el silbido del aire.)

GAB. Pues irán junto a ella. Su misión les obliga
a esconderse en la costa solitaria.
¡Da igual que les persiga la tormenta, o les siga

la fragata corsaria!
¡Prefiero la tormenta! ¡Es mejor enemiga!
(Con profunda desesperación.)
¡Y pensar que ese hombre los arrastró! ¡Ahora [veo
el porqué y para qué!
¡Si en el cielo hay castigo, solamente deseo
que tenga el que merece conforme a lo que fué!
¿Dónde estarán, Estrella? ¿Dónde estarán?

ESTRE. ¡Quién sabe!

GAB. Yo también, como tú, quisiera ser un ave
y poderles decir: "No volváis a la tierra.
¡No volváis! En la tierra, todo es barro mortal.
¡Todo es carne y codicia! Todo es odio. ¡No [encierra
más que un odio egoísta y un veneno fatal!"

ESTRE. ¡Y eso que a usted la quieren! Pero ¿y yo? [¿Qué diría
si la pena me mata?

GAB. ¡Pobre Estrella María!
Tu mal aún tiene cura.
Ya volverá tu Gildo para hacer tu ventura.
Aunque sin culpa mía,
¡yo haré que recuperes la ley que te tenía!
(Las dos mujeres, abstraídas en su manso dolor, han quedado pensativas. Gabriela acaricia los cabellos de Estrella, que se ha sentado a sus plantas, cuando aparecen Rosita y Vicente. Una ráfaga huracanada deja oir su lamento angustioso.)

ROSITA. *(Amedrentada, corriendo hacia Gabriela.)*
¡Gabriela!

VICEN. Tiene miedo.

ROSITA. Está oscuro el salón.
y crujen las maderas.

VICEN. Porque sopla el ciclón.

GAB. Pues marchémonos antes de que empiece a [llover
o no tendremos tiempo de volver.
(Van a salir. Gabriela abre. Pero el huracán y la lluvia que descargan imponentes, les dificul-

tan el paso. Gabriela vuelve a cerrar. Estrella no ha tenido tiempo de apagar.)
Imposible. Ya es tarde. El temporal
es una tromba que descarga.

ESTRE. Esperemos aquí.

GAB. Pero ¿y si tarda?

ESTRE. No va a estar diluviando hasta el Juicio final.

VICEN. ¡Ya escampa!

GAB. Los abuelos
se pondrán en cuidado.
(Un relámpago. Las mujeres se persignan. Los niños se agarran a las faldas de Gabriela.)

ESTRE. ¡La patrona del mar! ¡Si se ha rasgado
toda la vela de los cielos!

ROSITA. ¡Tía!

GAB. No temas nada.
(Acariciándola y procurando tranquilizarla.)
Siendo buena,
por nada tienes que temblar.

ROSITA. ¿Los que son malos, sí?

GAB. ¡Esos deben estar
a estas horas lo mismo que las almas en pena!
El buen barquero y el barquero malo
salieron un día a pescar.
La barca del bueno, no tenía palo,
ni vela, ni cosa con qué gobernar.
¡Sólo un par de remos a medio acabar!
La barca del malo era más segura.
Tenía una vela y una arboladura
que el ciclón aguantaban de lleno,
un timón a forja y un rápido andar.
Y el barquero malo y el barquero bueno
se pusieron a un tiempo a pescar.
La barca pequeña, sin palo ni tela,
llenaba las redes; las volvía a echar.
Y, en cambio, la barca con mástil y vela,
ni una vez siquiera las pudo llenar.
Llegada la noche, cuando regresaban,
surgió la tormenta. Los vientos silbaban,
arrollándolo todo al pasar.
¡Cegaba el relámpago y aturdía el trueno!

Y el barquero malo y el barquero bueno
zozobraron a un tiempo en el mar.
El barquero malo de Dios maldecía;
el barquero bueno se puso a rezar.
Pasaban las horas y el mar no cedía.
Y mientras se ahogaba, sin fuerzas, el malo,
en torno del bueno irradiaba un halo
de luz, que salía del fondo del mar.
¡Y todo su cuerpo se transparecía
como el de los santos, que, atados a un palo,
en tiempos antiguos solían quemar!
El barquero malo murió blasfemando.
A la costa el bueno consiguió llegar.
¡Y hasta su barquilla se encontró flotando,
sin que de los peces que él fuera pescando
hubiera uno solo caídose al mar!
Sé buena en la vida y ten siempre en cuenta
que según el náufrago, así es la tormenta
para dar castigo o para premiar.
¡Y nunca te olvides, en lo venidero,
del barquero malo y del buen barquero
que salieron un día a pescar!
(Transición.)
Pero ¿aún no pasó el aguacero?

ESTRE. Temo mucho que tarde en pasar.

(Las dos mujeres se dirigen a las dos ventanas y miran al mar. Pausa. Otro relámpago. Gabriela, de pronto, con ansiedad infinita.)

GAB. ¡Estrella!

ESTRE. ¡Señora!

GAB. ¡Ven!

(Estrella se acerca a la ventana por donde Gabriela mira.)
¿Has visto?

ESTRE. ¿En la barca?

GAB. ¿Quién?

ESTRE. *(Participando de la misma emoción.)*
Si mis ojos no han errado
cegados por los destellos
del relámpago... ¡eran ellos!

GAB. ¿Entonces no me he engañado?

¿Los has visto tú también?
ESTRE. Van en la barca amarilla.
GAB. ¡Con galerna tan horrible!
¡Están locos! ¡No es posible
que ellos sean!
ESTRE. *(Volviendo a mirar por la ventana.)*
Ahora brilla
la luz del faro hacia allí.
¡Esté atenta, como yo!
(Otra pausa. El ruido del temporal arrecia cada vez más.)
¡Son ellos!
GAB. ¡Son ellos, sí!
¿Qué inspiración les guió
para suicidarse así?
(Rosita y Vicente, que lo han presenciado todo, asustadizos y curiosos.)
ROSITA. ¿Qué miráis?
VICEN. Queremos ver.
GAB. *(Que se da cuenta del peligro, apartándose de la ventana y acercándose a ellos.)*
Os dará miedo.
ESTRE. *(Aparte, a Gabriela.)*
¿Y qué hacer?
¿Cómo impedirlo? ¿Avisar?
GAB. Avisar es descubrir,
y descubrir, publicar.
Es más prudente callar.
ESTRE. Pero ¿dejarlos morir?
GAB. Si nadie querrá salir
por ellos a naufragar.
¡Pobres hijos, que hoy tenéis
vuestros padres en el mar!
¡Almas que nunca podréis
su misterio sospechar!
¡Venid conmigo a rezar
y a implorar la salvación
de los que en peligro estén!
¡Repitamos mi oración!
¡La que aprendisteis tan bien!
(Gabriela, rodeando a los niños con sus bra-

zos y formando grupo con ellos, se arrodilla ante la imagen del patrón de los marineros, que habrá en el muro. Estrella, conmovida, pero a respetuosa distancia, reza también con ellos.)

TODOS. Padre nuestro, el que amparas las naves sin [gobierno
y sabes el destino de las embarcaciones;
el que das a los mares su movimiento eterno
y llevas a seguro los frágiles timones, etc., etc...
(Cuadro. La tormenta arrecia. La oración continúa.)

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración de los actos primero y segundo. Lumbre en la chimenea. Está amaneciendo, y los primeros fulgores del día se ven a través de la ventana y por la puerta del foro, que está entreabierta. Las velas del puerto empiezan a iluminarse con una luz opaca de día nublado. En escena, Julián y Gildo, ateridos y cambiada su ropa de mar por otra más casera, se calientan al fuego. Gabriela y Estrella, en pie junto a ellos, los confortan con tazas de café y copas de ron. Por la puerta de la izquierda sale un vivo resplandor de luz artificial.

GAB. Vamos, serénate.
ESTRE. Y apura.
(Julián, bebe. Gildo, también.)
GAB. ¿Habéis entrado en reacción?
GILDO. ¡Yo estaba helado!
GAB. La emoción.
GILDO. Y el esfuerzo y la mojadura.
JULIAN. ¡Noche de prueba y maldición!
ESTRE. ¡Si pudieras dormir!
GAB. ¡Estrella!
JULIAN. ¿Cómo dormir, si hoy ha de ser
la última vez que mi mujer
va a estar conmigo y yo con ella?
¿Y los niños?
GAB. Con la Galana
los han llevado.

GILDO. ¡Para ésos
se ha roto el palo de mesana!
JULIAN. ¡Este frío de la mañana
se le mete a uno en los huesos!
GAB. *(A Gildo.)*
Por si quieres echarte un rato
voy a quitar el cobertor.
JULIAN. *(Levantándose y señalando a la puerta de la izquierda.)*
Y yo, allá dentro.
GAB. ¡Ten valor!
Que siempre impone el aparato
del velatorio.
JULIAN. No hay temor.
(Vanse Gabriela y Julián, cada uno por una puerta. Estrella y Gildo, solos.)
ESTRE. Ya amanece poquito a poco.
(Pausa.)
¿No vas a echarte todavía?
GILDO. No tengo sueño.
ESTRE. Yo tampoco.
(Otra pausa.)
Hoy la estrella no anuncia el día.
GILDO. Estrellita de la mañana
—dice el canto del pescador—,
cuando te veo en mi ventana
con tu precioso resplandor,
salto del lecho a la faena,
siempre dispuesto a trabajar,
y descalzo sobre la arena
mi barquichuela empujo al mar.
Hoy la tormenta la ha nublado
y no quiere dejarse ver.
¡De cuantos hemos naufragado
pocos la podremos ver!
Hoy la estrellita no ha lucido.
La galerna la oscureció
y un día triste ha amanecido
para todos.
ESTRE. Para mí, no.

Porque te tengo y te has salvado
del temporal terrible y fiero.

GILDO. Ni para mí, porque te quiero.

ESTRE. ¡Gildo!

GILDO. La vida me ha curado
y resucita mi amor primero.
De la pasión desordenada
que me inspiró Gabriela un día,
lejos de aquí, no quedó nada.
¡Era un deseo! ¡Una hogarada
en que mi carne se encendía!
Pero tú, no. Cuanto más lejos,
ibas tomando más relieve;
y te vi, como en mil espejos,
en los reflejos de la nieve
y de la espuma en los reflejos.
Y aquí estoy ya para querer,
y lo que ansíes, procurar.
El mar me ha devuelto a mi ser.
¡Todo se lo debes al mar!
(Han quedado tiernamente cogidos de las manos.)

ESTRE. Pero esta noche habrás sufrido
como no sufrirás en la vida.

GILDO. Nunca he visto la mar removida
por furor tan embravecido.
Cuando, advertidos del engaño
del armador, que procuraba
hacernos ir adonde estaba
nuestra deshonra y nuestro daño,
determinamos regresar,
la mar estaba más serena
que esas lagunas que en la arena
quedan después del bajamar.
Y enfilamos la proa a tierra,
todos tranquilos y contentos.
Pero ¿quién sabe lo que encierra
la caja oculta de los vientos?
Sopló, de pronto, el huracán;
se encresparon las negras olas,
y agitaron sus fieras colas

los monstruos negros de Satán.
Cerró la noche en derredor,
y, perdidos entre la bruma,
sumergidos en agua y espuma,
con averías a estribor
y vía de agua en la bodega,
el navío fué zozobrando.
¡Dura y valiente fué la brega!
Unos, a la bomba, achicando;
otros, al foque y al bauprés.
Y cuando el barco se anegaba,
una gran sombra que se acercaba:
¡Maldición! ¡El navío inglés!
Los hombres se echan a nadar;
retumba, sordo, un cañonazo;
se inclina el barco, da un bandazo,
y henos en medio de la mar,
sin más recurso que esperar
la salvación de nuestro brazo.
Por fortuna, Julián y yo
caímos juntos al abismo,
y con su fuerza y su heroísmo
me puso a flote y me salvó.
Con un cabo de calabrote
me sujetó por la cintura;
luchamos con la mar oscura,
resistimos su duro azote,
y cuando ya era la muerte segura
pudimos alcanzar un bote.
¿Cómo llegamos hasta aquí?
¿Cuánto tardamos? No lo sé.
Sé tan sólo que entonces te vi,
y que, gracias a él y a ti,
por un milagro me salvé.

ESTRE. Gracias a Dios, que os supo hablar
a tiempo aún de devolveros
sin deshonor a vuestro hogar.
Con más calma te he de contar
la historia de los dos barqueros
que salieron un día a pescar.
(Sale Gabriela por la derecha. Estrella y Gildo

se dirigen al foro. Gabriela les detiene, llamándoles.)

GAB. ¡Estrella!
(Estrella se acerca. Aparte a Estrella.)
¡Silencio, por Dios!
¡Nunca digas la verdad!
¡Que todo quede entre las dos!
¡Te lo pido por caridad!

ESTRE. Descuide. Para mí fué Alberta
tan buena como las mejores.

GAB. ¿Dónde vas?

ESTRE. A coger unas flores
para ponérselas a la muerta.

GAB. ¿Y Gildo?

ESTRE. Me vuelve a querer
lo mismo que antes de marchar.
¡El mar le ha devuelto a su ser!
¡Todo se lo debo al mar!
(Vanse Gildo y Estrella por el foro. Queda Gabriela sola, y en seguida entra don Diego. Se detiene temeroso, con gran emoción.)

GAB. ¡Don Diego!

DIEGO. No te asustes. Traigo paz y dolor.
Quiero verla.

GAB. ¡Imposible!

DIEGO. ¡Gabriela, ten piedad,
tú que fuiste la única que supo la verdad!
La quise mal. Es cierto. Pero la tuve amor.

GAB. ¿Amor? ¿Le llama usted amor a lo que fué
la perdición de todos y la causó la muerte?

DIEGO. Maldición, si tú quieres; pero de amor. Yo sé
que fué más poderoso y fué más fuerte
que nuestra propia voluntad. Fué tanto,
que ya lo ves ahora. Yo, sabiéndola aquí,
sin vida, para siempre, vengo a verla.

GAB. ¡Oh, qué espanto
y qué osadía!

DIEGO. Sí. Podéis juzgar de mí
como queráis. En todo tendréis razón sobrada.
Pero yo, que la he visto debatirse espantada
entre las fieras olas, junto a mí, sin poder

acudir en su ayuda, ahora la quiero ver
en el sueño final purificada.
¡Gabriela! ¡Ten piedad! Nada más un momento.
El único momento noble de esta pasión.
Sin que nadie me vea. Lo mismo que un ladrón
que tiene que ocultar su sentimiento.
Contemplar un minuto su pálida hermosura,
suplicarla perdón y desaparecer.
Embarcarme y vagar, sin rumbo, a la ventura,
hasta que un día u otro venga a ser
también el mar mi sepultura.

GAB. Pero es que usted ignora que ha venido Julián.

DIEGO. ¿Julián?

GAB. Que va a matarle. Que todo lo sos-
[pecha.
¡Váyase! ¡Váyase! Mire usted que saldrán
y será inevitable la desgracia que acecha
hace tiempo a esta casa.

DIEGO. ¿Qué me importa morir?

GAB. A usted, no; ni a nosotros nos importa su vida.
Pero sí nos importa la dicha de Julián.
Sus dudas y sospechas un día pasarán,
porque todo se olvida,
y sin prueba ninguna, la memoria de Alberta
acabará, a sus ojos, recobrando su puesto.
Pero si ve en usted la atracción de la muerta,
no la perdonará jamás.

DIEGO. Estoy dispuesto
a arrostrar para mí la culpa entera.
Que salga y que me mate. Que cobre como
[quiera
mi delito. ¡No temas: su memoria es sagrada!
¡Ten piedad! ¡Quiero verla! ¡Tan sólo una mi-
[rada!
(Julián aparece con una frialdad amenazadora.)
¿Tú?

GAB. ¡Julián!

JULIAN. El marido
es natural que sea quien salga a recibir
las visitas de pésame. Y como le he oído,
he salido creyendo que debía cumplir.

Si tiene empeño en verla, pase. No se lo impido.
Pero escúcheme antes lo que voy a decir.
(Julián cierra la puerta del aposento de Alberta.)

DIEGO. Escucho.

JULIAN. Yo era un hombre que vivía dichoso.
Tenía en mi mujer confianza a cegar.
Nunca estuve celoso,
porque ella no me dió
motivo a sospechar.
Pero de pronto, un día mi dicha se nubló.
Mi mujer fué distinta. Los celos me ganaron,
y aunque ignoro las causas que a los dos nos [cambiaron,
sé que un hombre, a sabiendas, mi muerte pro- [curó.
Ese hombre...

DIEGO. ¡Fuí yo!

JULIAN. Justamente. Y ahora, al darme a tiempo cuenta
y volver a mi hogar,
me encuentro con que traen a mi mujer del mar
ahogada en una noche de misterio y tormenta.
¿Quién sabe qué ha pasado? ¿Quién lo puede [explicar?
Usted. Tan sólo usted, que me quiso alejar
para impedir que un día castigase su afrenta.
Pero usted no contaba con que yo volvería,
y con que si ella, muerta, se ha llevado el se- [creto,
a usted le atraería
el deseo de verla, y su propia osadía
le pondría a mi alcance.

GAB. ¡Julián!

JULIAN. *(Queriendo estar sereno, pero cada vez más amenazador.)*
Yo te prometo
que haré justicia a secas. El es hombre valiente
que se mete en la boca del lobo solamente
para evitar sospechas y no dar qué decir.
¡Ha hecho muy bien! ¡Los dos estamos frente [a frente,

y uno y otro tenemos que matar o morir!
Si dice la verdad y en nada me ha ofendido,
le pediré perdón. Pero si no me jura
ante el cadáver de ella que nunca se han que-
[rido
y que ella ha muerto pura,
como siempre lo ha sido,
le tenderé a mis pies.
(Cogiéndole violentamente y abriendo la puerta que antes cerró.)
¿Oyes? Ahí está Alberta.
Mírala. Ya la ves.
¡Júralo, por la muerta!
(Pausa larga. Gran emoción de Diego al ver a Alberta.)

DIEGO. Pues sí, Julián: ¡lo juro!

JULIAN. ¡Mientes!

GAB. No miente en nada.

JULIAN. ¡Mirad que ésta es la hora de la verdad des-
[nuda!

DIEGO. Tienes razón sobrada
para dudar de mí. Di motivo a tu duda.
Pero de hombre a hombre, te voy a confesar...

JULIAN. ¡Que me engañaba!

DIEGO. No. Tu mujer era honrada.
Puesto que dices tú que es la hora de hablar
con la verdad desnuda, vamos a desnudar
la conciencia; a quitar
al alma su muralla
de falsa hipocresía:
Es cierto: ¡la quería!
(Movimiento de Julián.)
Espera. Luego puedes, si te ofendí, matar.
Pero, ¡por su memoria, que antes me has de es-
[cuchar!
Es cierto: la quería. Y como no he parado
jamás en imposibles, ni tú, ni el sacramento
que contigo la unía,
me detuvieron. ¡Era la llama del volcán,
la sed de las arenas, el arrasar del viento!
¡Las fuerzas reunidas de Satán!

Y como me arrastraba la pasión poderosa
y por el buen camino todo era irrealizable,
tomé, cobardemente, la senda tortuosa
y te alejé. ¡En esto sí que fuí miserable!
Lo fuí, porque debía haberla disputado
cara a cara, valiente, como en tierra salvaje
donde la ley tirana y egoísta no ha entrado,
se disputan las hembras codiciadas:
de frente, con coraje
y con sangre y valor.

JULIAN. ¡A puñaladas!
¡Igual que yo la hubiera defendido!
Si entonces no lo hiciste, puedes hacerlo ahora.
Pretendías perderme, y te has perdido.
¡Defiéndete si sabes! ¡Ha llegado tu hora!
(Sale el Padre.)

PADRE. ¡Julián!
(Julián ha cogido un cuchillo. Gabriela se interpone.)

GAB. ¿Qué estás diciendo? ¡Atrás los dos!
Respetad el silencio de quien no puede hablar.
Si os habéis de matar,
tiempo os queda mañana. ¡Ahora ofendéis a [Dios!
¡Salga usted de esta casa!

DIEGO. Déjale.

PADRE ¡Salga usted
y no vuelva a poner jamás la planta aquí!

DIEGO. ¡Si tienes sed de sangre, se aplacará tu sed!
Cuando quieras, ya sabes que dispones de mí.
(Mutis de Diego.)

GAB. Déjenos solos, tío. Quiero hablarle con calma.

PADRE. Que el cielo te ilumine
y que todo termine
volviendo a mi Julián la paz del alma.
(Mutis del Padre.)

GAB. ¿Dudas aún? ¿De qué?

JULIAN. De que sea verdad.
La actitud de ese hombre...

GAB. Prueba tu ceguedad.
¿Si ella fuera culpable, él vendría a esta casa?

Por más que la asedió,
en el alma de Alberta no se prendió la brasa
del pecado. No dudes. Te lo aseguro yo.

JULIAN. Entonces, ¿cómo pudo caer Alberta al mar?
Hay algo en todo esto que yo no sé explicar.

GAB. Verás. Alberta y yo habíamos tenido
anoche una cuestión.
Ella estaba celosa, y desde que te fuiste,
siempre callada y siempre triste,
parecía la estampa de la tribulación.
La impresionó tu marcha más de lo que creíste.

JULIAN. Entonces, ¿qué supones?

GAB. Que se arrojó al vacío,
y que el mar la atraía lo mismo que un imán.

JULIAN. ¿Es posible, Dios mío?
Luego aquí, los culpables...

GAB. Somos tú y yo, Julián.
Somos tú y yo, que, lejos de afrontar mi pre-
[sencia,
arrancando la mala semilla con valor,
confiamos, cobardes, nuestra guarda a la au-
[sencia,
y, huyéndonos, dijimos a todos nuestro amor.
Llórala bien. Que siempre se yerga en tu re-
[cuerdo
con su nueva pureza de mártir y de santa.
Ya sé que ahora es cuando para siempre te
[pierdo,
porque ella, al caer, ante ti se levanta
lo mismo que una diosa.
No importa. Yo te quise, pero de otra manera.
Y aunque yo te abandone y tu esposa se muera,
recobras una hermana y una esposa.
Hoy dejo vuestra casa para siempre. Y un día,
cuando estés consolado de tu justo dolor,
dirás al verme: "Ahí va quien tanto me quería,
con tan hondo cariño, que renunció a mi amor".
(El Padre, que habrá aparecido momentos antes y habrá escuchado inmóvil, sin ser visto, las últimas palabras, dice, avanzando de pronto.)

PADRE. No, Gabriela. No puedes

abandonarnos hoy al pesar, hija mía.
Yo, que sé tu grandeza, te ruego que te quedes.
Ahora ya, marchándote, ¿qué se remediaría?
Tú, la que con nosotros todo lo ha compartido,
la pena y la alegría,
la risa y la aflicción,
bien sabes, por desgracia, que este hogar siem-
[pre ha sido
como una nave sin timón.
Ella misma lo era. Mujer que siempre iba
sin brújula ni mando, sin dirección alguna.
¡Lanchón abandonado, que marcha a la deriva
a estrellarse en la roca o a encallar en la duna!
Nuestra nave zozobra. Si tú no la detienes
empuñando el timón con cariño filial,
naufragaremos todos. ¡Pobres son nuestros bie-
[nes,
pero están a merced del menor temporal!
(Han salido la Madre, Estrella y Gildo. Estrella trae un brazado de flores. Los tres escuchan al Padre conmovidos, y acaban suplicando también.)

MADRE. Obedece, Gabriela.
GILDO. Sé nuestro capitán.
ESTRE. Se lo pedimos todos de corazón.
MADRE. Siquiera, por los niños.
GAB. *(Vacilando.)*
¿Tú qué dices, Julián?
JULIAN. ¡Que te quedes! ¡Que guíes la nave sin timón!
Y que, como esa Virgen, la patrona del mar,
para calmar las olas en la tormenta oscura
desciende de su altar,
tú desciendas también desde tu altura
y seas la patrona de nuestro pobre hogar.
(El cielo ha aclarado. El mar, risueño. Las velas, luminosas.)

TELÓN